LA CRUZ DE PEPITA

Comedia en tres actos, estrenada
en el teatro Eslava, de Madrid, en el
año 1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEPITA	Catalina Bárcena.
MARTIRIO	Josefina Morer.
MANUELA	Rafaela Satorres.
AMPARITO	Milagros Leal.
DOÑA VENANCIA	Almudena Ayala.
DON DAVID	Manuel Collado.
JUANITO	Luis Manrique.
DON CRESCENCIO	Luis Pérez de León.
UN ASISTENTE	Francisco Alagón.

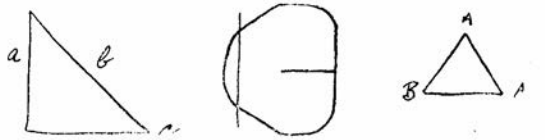
La acción, en Madrid. Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

La escena representa un gabinete humildemente puesto, en una casa muy modesta. Al foro, dos ventanas, que dan al patio, y por las cuales se ven las del piso de enfrente, que son practicables también. En el lateral derecha, puerta de entrada con cortinas, y en el izquierda, dos puertas más pequeñas. Entre el mobiliario hay una mesita como de despacho, con un sillón; una librería de armario, también pequeña, y un encerado bastante grande, colocado sobre un caballete, con tiza y paño para borrar. El gabinete tendrá el aspecto de un lugar donde se dan clases. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PEPITA, con un libro en la mano ante el encerado, donde tiene pintadas varias figuras geométricas parecidas a éstas:



PEPITA.—*(Como quien recita una lección.)* Dos triángulos rectángulos son iguales cuando tienen iguales: dos catetos... *(Mira el libro.)*, justo, dos catetos; un lado cateto o hipotenusa y un ángulo agudo; la hipotenusa y un cateto... *(Vuelve a mirar.)*, eso es, y un cateto. *(Con cierta amarga ironía.)* ¡Dios mío, yo que había oído decir toda la vida que

los catetos no tenían importancia, y resulta que son la hipotenusa! No hay como estudiar para irse enterando de las cosas. En fin: voy a ver si le he sacado sustancia a esto. *(Recita como de lección.)* Cuando las hipotenusas son perpendiculares y éstas y los catetos son oblicuos a los ángulos de las..., a los ángulos de los..., a los ángulos de las... ¡Señor, que siempre tengo que tropezar en los ángulos!... ¡Mira que es trabajo!... ¡Nada, que este teoremita me lo afilan y no me lo meto en la cabeza! ¡Bueno; no quisiera más que saber cómo se llamaba el señor que inventó la Geometría!... No por nada, si no para pedirle a Dios, suponiendo que esté en la gloria, que no debe de estar, que le meta en un laberinto que no pueda salir en una eternidad de eternidades! ¡Jesús qué tío!... ¡El daño que ha hecho!... En fin, bueno... Y a todo esto, ¿para qué habré pintado yo aquí esta cometa, que no me acuerdo?... ¡Ah, sí!... Son los triángulos equiláteros que coinciden en los ángulos de los..., en los ángulos de las... *(Fijándose.)* Y es que verdaderamente, esto parece una cometa. *(Con amargura.)* ¡Ay, de buena gana me remontaría con ella al quinto cielo, para huir de estas espantosas realidades de mi vida. ¡Yo estudiando geometría!... ¡Y para enseñarla!... ¡Es horrendo!... ¡Yo, que voy por la calle y me dicen: «¡Qué curvas!...» ¡Y no sé a qué se refieren!... ¡Pero no hay más remedio! ¡Dame fuerzas, Dios mío!... Insistamos. *(Recitando de lección.)* Dos triángulos son iguales, cuando tienen iguales: dos catetos... *(En este instante se asoma a la ventana de enfrente un asistente y golpea un capote militar con una mano de mimbre, cantando escandalosamente.)*

ESCENA II

PEPITA y el ASISTENTE.

ASISTENTE.—*(Cantando.)* Don Quintín, es un majalandrín... Don Quintín, es un majalandrín...

PEPITA.—*(Aterrada.)* ¡Virgen santa!... ¡Por si no tenía bastante con estos catetos, empieza ahora el de enfrente!

ASISTENTE.—Don Quintín, es un majalandrín... Don Quintín, es un majalandrín...

PEPITA.—¡Nada, que no me va a dejar!... Pues yo le hablo...

ASISTENTE.—Don Quintín...

PEPITA.—*(En voz alta.)* Oiga usted, catet..., digo, oiga usted, joven.

ASISTENTE.—*(Con acento andaluz.)* ¿Qué desía oté, vesina?

PEPITA.—Pues decía que creo que está usted equivocado.

ASISTENTE.—¿Yo?...

PEPITA.—Sí, señor; porque usted dice que don Quintín es un majalandrín, y a mí me parece, si no recuerdo mal, que don Quintín no es un majalandrín.

ASISTENTE.—¿Que no?

PEPITA.—Yo juraría que no; y si no, mírelo usted en ese librito de la explicación y cantables que tiene la obra, y verá usted como dice:

Don Quintín,
no es un majalandrín...

ASISTENTE.—Güeno; después de too, que lo zea, que no lo zea...

PEPITA.—*(Atajándole.)* No, es que yo le agradecería a usted mucho que hasta que salga de dudas no cante, o al menos que cante piano.

ASISTENTE.—Oiga uté, niña...: es que yo no zé cantá ar piano... ¡Si fueze a la guitarra!... *(Ríe con risa estúpida.)* ¿L'ha gustao a oté er chiste?

PEPITA.—¡Muy bonito! Pero lo que yo quiero decirle, es que por qué no canta bajo.

ASISTENTE.—*(Siguiendo con su gracia negra.)* Bajo es er patio, y la portera no me deja... ¿Y éte?

PEPITA.—¡Graciosísimo, hombre!... Usted, ¿es andaluz?

ASISTENTE.—De Montiya.

PEPITA.—¡Qué lástima que no se le hayan bebido!...

ASISTENTE.—¿Eh?...

PEPITA.—No; nada, nada...

ASISTENTE.—Güeno, niña, pos con er permiso d'oté... *(Vuelve a cantar.)* Don Quintín, no es un majalandrín... Don Quintín, no es un majalandrín... ¿Le gusta a oté asín? Don Quin...

PEPITA.—*(Indignada.)* Más valía que tuviese usted un poco de consideración y respeto...

ASISTENTE.—*(Desaforadamente.)* Don Quintín...

PEPITA.—*(Increpándole.)* ¡So majadero!... ¡Mal educado!... ¡Escandaloso!...

ESCENA III

DICHOS Y DAVID.

DAVID.—*(Por la misma ventana que el Asistente. Es hombre como de cincuenta años, con cara de mal genio, cetrino, iracundo.)* ¿Qué pasa?

ASISTENTE.—*(Aterrado. Aparte.)* ¡Atiza!... *(A David.)* Naa, mi comandante, que aquí, la vesina...

DAVID.—Se dice la señorita...

ASISTENTE.—Pue eso desía; que aquí la zeñorita vesina, que m'ha dicho que no cantase...

PEPITA.—Y ha sido tan amable, que no me ha hecho caso y ha seguido...

DAVID.—*(Iracundo.)* ¿Y ha seguido?

ASISTENTE.—¡Mi comandante!... Es que iba a acabar lo que fartaba der cuplé, pa no moleztarla má. Aparte de que yo me creo que er patio es libre pa cantá er que quiera, siendo po lo desente..., digo yo...

PEPITA.—Es que yo le he dicho a usted que cantase, si quería; pero que cantase bajo, y usted me ha hecho un chiste...

DAVID.—*(Que durante todo este diálogo ha estado mirando alternativamente al Asistente y Pepita, a él con fiereza y a ella con dulzura, chilla como pi-*

cado de una víbora.) ¿Que le ha hecho un chiste?... Pues eso sí que no. ¡Chistecitos, no! *(Empieza a porrazos con el Asistente.)* ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Granuja! *(Le retira a empujones de la ventana y siguen oyéndose golpes, voces y ayes.)*

PEPITA.—*(Aterrada.)* ¡Dios mío, un asistente ha subido al Cielo!

DAVID.—*(Que sigue en su faena.)* ¡Gorrino! ¡Miserable! ¡Insolente! *(Entran disparados por la ventana de Pepita el cepillo y la mano de mimbre.)*

PEPITA.—¡Jesús! Han venido a parar aquí el cepillo y la mano... ¿Con qué le sacudirá ahora?

DAVID.—*(Se asoma con el Asistente cogido por el cuello de la camisa.)* ¿Tiene usted gusto que lo tire al patio?

PEPITA.—*(Suplicante.)* ¡Ay, no, por Dios!

DAVID.—¿Con franqueza?

PEPITA.—Yo qué voy a tener... Y por todos los santos, don David, cálmese, que yo sentiría que por mi culpa...

DAVID.—*(Soltando al Asistente.)* Vete, que ya seguiré. *(Vase el Asistente, que ha pasado un rato de angustia.)*

PEPITA.—¡No, por Dios, don David, no siga! ¡Ay, el pobre hombre!

DAVID.—Y si no llegan a estar restablecidas las garantías, lo fusilo.

PEPITA.—¡Ay, qué horror! ¡Por qué habré dicho nada!

DAVID.—Pero ¿le iba yo a consentir que la tomase a usted el pelo?

PEPITA.—No, deje usted... Si ahora lo llevamos tan corto...

DAVID.—Aunque lo llevase usted al rape.

PEPITA.—En realidad, sabe usted, es que como tenía que estudiar un poco, y tengo este genio, así tan violento..., claro, molesté al pobre chico..., porque el caso es que, después de todo, a mí don Quintín me gusta mucho.

DAVID.—*(Con fiereza.)* A mí, no.

PEPITA.—¡Ay, pues usted dispense!

DAVID.—Además, a este granuja se las tengo jura-

das. Le ha dado por ser gracioso, y no hay quien le aguante. Figúrese usted que el otro día regresaba de la tienda de comprar un queso de bola que le había encargado, y como subía jugando con la doncella del segundo, se le cayó el queso por el ojo de la escalera, rompió los cristales de la claraboya y se metió en la portería; pues cuando salí al estrépito y le pregunté: «¿Qué ha sido?», me dijo: «Que he hecho gol, mi comandante.»

PEPITA.—*(Riendo.)* ¡Ay, gol! ¡Ay, qué muchacho!

DAVID.—Vamos, que si no me lo quitan, lo tienen que llevar a la Casa de Socorro en un cogedor.

PEPITA.—¡Ay, por Dios, no sea usted así, don David! Hay que tener un poco de tolerancia con la alegría de la juventud.

DAVID.—Es usted muy buena, Pepita; demasiado buena.

PEPITA.—¡Quia, nada de eso!... No se enfade usted. En fin, perdone el mal rato; perdone a ese chico..., y dígame qué hago con esta mano de usted, que se metió aquí... distraídamente; porque, como es de sacudir, le hará a usted falta.

DAVID.—No, no... Yo sacudo con todas.

PEPITA.—Ya, ya lo he visto.

DAVID.—*(Con algo que quiere parecer una sonrisa.)* Además, me es muy grato que retenga usted una mano mía entre las suyas.

PEPITA.—*(Sonriendo.)* ¡Don David, que eso también tiene un poco de chiste!...

DAVID.—Que me he levantado hoy de vena cómica.

PEPITA.—¡Ya, ya!

DAVID.—Conque reténgala usted, que luego iré a pedirle la mano.

PEPITA.—Sí que está usted jocoso.

DAVID.—Y ¡ay de usted como no me la conceda! *(Mutis.)*

PEPITA.—Bueno, bueno. Muy bien. Sí, señor. *(Cierra la ventana.)* ¡Dios mío, qué hombre! Hasta cuando gasta bromas se le conoce que padece del estómago. Me ha dicho: «¡Ay de usted como no me la conceda!» Como el que dice: «¡Le voy a usted a comer los hígados!» ¡El susto que me ha dado

ha sido mortal! ¡Ay! He visto al pobre asistente en el patio. Y ahora, puede que vaya a continuar, como le ha ofrecido antes. ¡Qué horror! ¡Y pensar que yo tengo la culpa...! *(Atiende.)* ¡Dios mío! ¡Ay! Parece que se oyen golpes y ayes. *(Escucha, acercándose a la ventana.)*

ESCENA IV

PEPITA y MANUELA.

MANUELA.—*(Vieja criada, como de sesenta años. Sale por la derecha.)* ¿Qué escuchas?

PEPITA.—*(Con ansiedad.)* Calla... Atiende, Manuela. ¿No oyes golpes, y así como si alguien se quejara?

MANUELA.—Sí; pero es la chica del portero, que está sacudiendo la escalera y canta el «Ayayay». Que l'ha cogío el repertorio a Fleta. ¿Qué te pensabas?

PEPITA.—No, nada; que estoy nerviosísima, ¿sabes?...

MANUELA.—¿Pues...?

PEPITA.—El asistente de don David, que ha empezado a cantar...

MANUELA.—Sí, se pasa el día insultando a un señor.

PEPITA.—Y yo le he dicho que callase, que no me dejaba estudiar; no me ha hecho caso; ha salido don David...

MANUELA.—¿Y lo ha tirao por la ventana?

PEPITA.—No, pero la ha emprendido a golpes..., y ahí tienes la mano.

MANUELA.—¿Lo ha descuartizao?

PEPITA.—Poco menos. Y me ha dicho que si quería lo tirase al patio.

MANUELA.—¿Ves?... Ya te decía yo. Así se lo ofrece a todos los vecinos. En cuanto hace tanto así, lo saca a la ventana cogío pol pescuezo y pregunta:

«¿Lo quién ustés estrellao o pasao por agua?» ¡Yo no sé cómo el chico ese no s'ha muerto ya del corazón!

PEPITA.—Verdaderamente, ese don David tiene un genio que asusta.

MANUELA.—¡Huy! En la casa tos le tiemblan. El otro día le dijo «ajito» al niño del impresor de arriba, que lo tenía su madre en brazos, y l'han tenío que dar inyecciones, del susto. Conque no te digo más. *(Al decir «ajito», imita la voz iracunda de don David.)*

PEPITA.—¡Pues mira si no se lo llega a decir en diminutivo...!

MANUELA.—Ya ves. A más de que a nosotras esto de asustarnos, es que también tenemos el corazón en un puño.

PEPITA.—Bueno; no empieces, Manuela, que sé por dónde vas.

MANUELA.—Sí, porque mia que el geniecito que tiés tú en casa... ¡Menuda fiera de hermanita t'ha caído en suerte! ¡Valiente basilisco!

PEPITA.—¡Por Dios, Manuela, que te olvidas que estás hablando de mi hermana!

MANUELA.—Será tu hermana, ¡repeine!; pero paece tu suegra. Que anda con Dios y que cargue el demonio con ella, si la quiere, que yo no puedo aguantarla. ¡Menuda pécora!

PEPITA.—Pero ¿a qué viene el ofenderla ahora?

MANUELA.—Mis motivos tengo, que verás lo que me ha hecho... Que es que anoche se me olvidó dejarla el vaso de agua en la mesilla e noche... y a las seis de la mañana m'ha llamao (que no sé cómo no l'has oído) y de güenas a primeras ha empezao a insultarme y m'ha tirao... *(Como si le molestara decirlo.)*

PEPITA.—¿Qué te ha tirado?

MANUELA.—Pues he salío toa mojá y no tenía agua en la alcoba; conque tú verás lo que me habrá tirao. Ahí tengo el asa.

PEPITA.—¡Jesús, parece mentira!

MANUELA.—También iba a servirla un menuto más la hija de mi madre si no fua por ti; que te quiero,

porque de cria m'has quitao a mí el sueño más noches que a tu mamá que esté en gloria... ¡Que si no...! ¡Maldita sea!...

PEPITA.—Pues si me quieres un poco, Manuela, procura tratar con más cariño a Martirio, porque las grescas que armáis...

MANUELA.—Ella las arma, que yo...

PEPITA.—Las dos. Y tú, que eres tan buena... Recuerda que la pobre vive muy contrariada...

MANUELA.—¡Y que culpa tie nadie de que seas tan antipática!

PEPITA.—¡Calla, por Dios!

MANUELA.—¡Y mas fea que reírse en misa!

PEPITA.—Eso no puede ella remediarlo.

MANUELA.—Pero el ser holgazana, y malintencionaá, y envidiosa, eso sí podría... ¡Que no me digan a mí!...

PEPITA.—Calla, te he dicho. ¿No se habrá levantado todavía?

MANUELA.—¡Levantarse...! Tú te crees que es como tú, que, apenas amanece el día, apencas al trabajo a ganarte la vida pa las dos, mientras ella se está tumbá a la gandola en la camita, tan ricamente, al regosto de las mantas... Sí, sí..., ¡que es tonta la niña!

PEPITA.—¡Bueno; déjame estudiar, y basta, por Dios!

MANUELA.—Si se hubiá levantao, no estaría la casa en el silencio que está.

PEPITA.—¿Le dejaste el chocolate hecho?

MANUELA.—El chocolate y una meaja de leche orilla el fogón pa que se lo aclare u se lo espese a su gusto, porque tos los días de Dios le ha e encontrar una falta. Si esta claro, le gusta espeso; si está espeso, le gusta claro, y si no está ni espeso ni claro..., le gusta el café con leche. ¡Amos, lo que no tiene!... ¡Si ésa es una pécora! Que no va una a ecir las cosas por...

ESCENA V

DICHOS y MARTIRIO. Se oyen porrazos por el interior de la casa y a MARTIRIO dar voces desaforadas y gritos espantosos.

MARTIRIO.—*(Dentro.)* ¡Manuela!... ¡Manuela!... ¿Donde estará esa arpía? ¡Manuela!...

MANUELA.—¡Arrea!... ¡Ahí la tienes!... ¡Ya s'ha levantao la nube!

PEPITA.—*(Aterrada.)* Pero, Dios mío, ¿qué hace con los cacharros?

MANUELA.—Pos naa; que en cuantito se levanta, la cocina paece un sonajero. *(Siguen los ruidos.)*

PEPITA.—¡Qué terremoto! Pero ¿qué será?

MANUELA.—Esto último ha sio la chocolatera. Como la tira toos los días, la he cogío el son.

PEPITA.—Pero, Martirio, por la Virgen, ¿quieres decirme qué te pasa para este escándalo?

MARTIRIO.—*(Sale primera izquierda. Es una mujer como de treinta y cinco años, violenta, iracunda, nerviosa. Aparece desgreñada, como quien acaba de levantarse de la cama. Lleva una falda desastrada y chambra. Calza unas chinelas. Trae en la mano una jícara de chocolate y un suizo.)* ¿Que qué me pasa?... ¡Sí, sí! ¡Hazte la tonta, que menuda hipócrita estás tu también! Demasiado sabes lo que me pasa.

PEPITA.—Pero yo ¿cómo lo voy a saber?

MARTIRIO.—Pues me pasa lo de todos los días.

PEPITA.—Pero ¿qué es lo de todos los días?

MARTIRIO.—¡Que mira el chocolate que me ha hecho ese carcamal indecente!... ¡Esto es un hígado!... ¡Esto es un asco!...

MANUELA.—Pero ¿qué quieres que te haga con una onza del de cinco reales: chocolate a la crema?

MARTIRIO.—¡Yo lo que quiero es que no me lo quemes, como me lo quemas todos los días!... ¡Que me lo quemas a propósito!

MANUELA.—¡Amos!..., pero ¿oyes esto?

MARTIRIO.—Sí, señora; que mira cómo huele a socarrao. *(Le acerca la taza de chocolate a las narices de Pepita.)*

PEPITA.—¡Por Dios, Martirio!

MANUELA.—*(Llorando.)* ¡Que se lo quemo a propósito!... ¡So embustera!...

MARTIRIO.—¿Que no huele a socarrao?

MANUELA.—Yo, señora...

MARTIRIO.—¡Y me desmiente la muy bruja!... ¡Pues toma, para que te convenzas! *(Le echa todo el chocolate por la cara.)*

MANUELA.—*(Aterrada.)* ¡Ay mi madre! ¡Ay Virgen Santísima!

PEPITA.—Pero ¿qué has hecho?

MARTIRIO.—¡Y el suizo también te lo voy a estampar!

MANUELA.—*(Huyendo.)* ¡No, por Dios, que no me lo estampe, que es de anteayer!...

MARTIRIO.—¡Un suizo que no lo parte una apisonadora!... ¡Toma! *(Se lo tira y entra por la ventana de enfrente.)*

PEPITA.—¡Por Dios, Martirio!... ¡Basta de escándalos, que nos van a echar de la casa! ¡Tú, a callar! *(A Manuela.)* Y tú, anda a lavarte.

MANUELA.—¡Cómo m'ha puesto la muy gandula! ¡Que llevo chocolate hasta en el sostén!...

MARTIRIO.—Calla, arpía, calla, si no quieres que...

PEPITA.—Pero ¿qué quieres que te diga, después que la pones que va hecha una tarta?... *(Vase Manuela segunda izquierda.)*

ESCENA VI

PEPITA, MARTIRIO y DON DAVID, desde su casa.

DAVID.—*(Desde su ventana.)* ¿Les hace a ustedes falta este suizo que ha aterrizado aquí?

PEPITA.—No, don David; no se moleste usted, que es de anteayer.

DAVID.—Ya lo he notao, ¡porra! Si tiene veinticuatro horas más, me taladra el armario de luna.

PEPITA.—¡Ay por Dios, usted dispense!

DAVID.—Y si no es curiosidad, ¿qué les pasa a ustedes para haber puesto en juego la aviación?

MARTIRIO.—*(Destemplada y fiera.)* ¿Y a usted qué le importa?... El demonio del viejo ese, que siempre tiene los ojos en esta casa.

DAVID.—Señora... ¡Es que llevo cinco años asomándome, y aún no he acabado de ver lo fea que es usted!

MARTIRIO.—¡So Matusalén! ¡Grosero!

PEPITA.—*(Cierra la ventana.)* ¡Por Dios, Martirio! Pero ¿la vas a emprender ahora con ese señor?

MARTIRIO.—¡Ya le encontraré yo en la escalera! ¡Viejo baboso!...

PEPITA.—¡Ay Virgen Madre!... ¡Y por Dios, mujer, por Dios!... ¿Por qué no te moderas, Martirio? ¿Por qué no dominas ese genio?

MARTIRIO.—¡Sí, venme ahora con sermones!

PEPITA.—¿Por qué no te contienes un poco?... ¡Que no vamos a tener quien nos trate ni quien nos mire a la cara!

MARTIRIO.—A mí no me hace falta que me mire nadie...

PEPITA.—Ni a mí tampoco; pero, vamos...

MARTIRIO.—¡A mí lo que me hace falta es paciencia para aguantar tanto sufrimiento! ¡Que soy la cenicienta de la casa! Que a mí no se me da más que un camastro, y sobras, y mendrugos...

PEPITA.—Pero ¿vas a empezar con lo de todos los días?

MARTIRIO.—Claro; no te gusta oírlo, porque te digo las verdades; sí, señora; que tú eres una taimada y una hipócrita, que estás de acuerdo con esa bruja.

PEPITA.—Pero ¿qué locuras dices?

MARTIRIO.—¡Sí, sí, de acuerdo!..., para hacerme la vida imposible, y que me aburra y me vaya de esta casa... *(Llora amargamente.)* Que no creas que no lo he conocido.

PEPITA.—*(Desesperada.)* Mira, Martirio, vete a paseo, que no hay paciencia que te aguante.

MARTIRIO.—Sí, señora; que lo que quieres es echarme a la calle y que me vea pidiendo limosna, y quedarte tú sola para hacer lo que te dé la real gana... ¡Eso es!

PEPITA.—¡Ay madre mía! Pero ¿tengo yo que oír esto?

MARTIRIO.—Te escuece, ¡claro!, como escuece siempre la verdad.

PEPITA.—*(Exaltándose.)* ¿Y tienes valor para llamarle la verdad a tanto insulto y a tanta injuria?... La verdad, Martirio, te la voy a decir yo, ¡ea!, ¡que ya estoy harta!

MARTIRIO.—¿Que me das un mendrugo de pan?

PEPITA.—Eso es muy poco para ser la verdad. La verdad es que no hago más que sufrir y trabajar para que vivamos las dos. La verdad es que me paso la juventud sin alegría y la vida sin sueño y sin descanso para que no te falte nada; para cumplir la palabra que di a mamá de que no te abandonaría nunca. Y cumplo y me sacrifico y lo dejo todo, ¡todo!, porque tú lo sabes..., ¡todo!..., por no separarme de ti, por no abandonarte...; lo dejo todo, todo... ¡Y me lo pagas de esta manera!... *(Llorando.)*

MARTIRIO.—¿Qué quieres darme a entender con eso de todo, todo?... ¿Que no te casas por mí?... ¡Que me lo voy a creer!... *(Ríe.)* ¡Como si yo fuera tonta!...

PEPITA.—Que yo lo haga y que tú no lo creas, es el único mérito de mi sacrificio.

MARTIRIO.—*(Burlona.)* Huy, Jesús, sacrificio!... ¡Que tengas relaciones con un muerto de hambre que no pueda casarse y que me lo atribuyas a mí, es lo único que me faltaba!... ¡Ja, ja, ja!...

PEPITA.—¡Búrlate..., haz lo que quieras!... No me apartarás de mi deber. Por mamá lo hago. ¡Si ella te oyese...!

MARTIRIO.—Si me oyese, la preguntaría que por qué te dieron a ti una carrera y a mí no.

PEPITA.—Porque tú no quisiste estudiar; demasiado lo sabes.

MARTIRIO.—¡Estudiar!... ¡Pues mira que para lo que te ha servido a ti...! ¡Puedes presumir!... ¡Vaya una profesora!... Que todos los discípulos se te van porque sabes menos que ellos.

PEPITA.—¡Ay Dios mío! *(Con intensa amargura.)* ¡Ya lo sé! Es la única verdad que has dicho, bien cruel por cierto...: que para ir saliendo adelante me he comprometido a enseñar más de lo que sé..., y paso vergüenza y apuros... *(Llorando.)* ¡Es verdad!

MARTIRIO.—*(Chillando, envalentonada otra vez.)* Pues si eres una necia y una burra, ¿por qué presumes?... ¿Por qué me dices que no te casas por mi culpa?... ¿Por qué me restregas por los hocicos el mendrugo que me das? *(Llaman al timbre de la puerta.)* ¡Que estoy tratada peor que...!

PEPITA.—¡Por Dios, Martirio, no chilles, que han llamado!

MARTIRIO.—¡No me importa; estoy en mi casa, y quiero chillar y chillaré!

PEPITA.—¡Por Dios, que pueden ser Amparito y su madre, y si notan que vivimos con este escándalo, voy a perder las pocas clases que me quedan!

MARTIRIO.—*(Burlándose cruelmente.)* ¡Clases!... ¡Ja, ja, ja!...

MANUELA.—*(Que entra. Viene de abrir.)* ¡No chilles, demonio!

MARTIRIO.—Me da la gana.

MANUELA.—Ahí está la niña esa de la jorometría y su mamá, que ice que quie hablarte.

PEPITA.—*(Sorprendida.)* ¡Hablarme!... ¿A mí?... ¡Qué querrá, Dios mío!

MARTIRIO.—*(Con guasa.)* Pues querrá sacar a la niña. Como si lo viese. ¡Que te quedas sin otra discípula, ya lo verás!... ¡Ja, ja, ja! *(Se va riendo cruelmente.)*

PEPITA.—*(Con zozobra.)* ¿Qué será?... Dilas que pasen. *(Vase Manuela.)* ¡Ay Dios mío! *(Con inquietud esto último.)*

ESCENA VII

PEPITA, DOÑA VENANCIA y AMPARITO, por la derecha.

VENANCIA.—Muy buenos días, hija.

PEPITA.—Muy buenos, doña Venancia.

AMPARITO.—*(Besándola con gran cariño.)* Doña Pepita... *(Le da unas flores que Pepita coloca en un jarro.)*

PEPITA.—¡Hola, Amparito! Gracias, mujer. Las flores de todos los días. Qué, ¿has estudiado mucho?

AMPARITO.—Regular.

PEPITA.—¿Y qué tal don Marcelino, doña Venancia?

VENANCIA.—Pues, hija, por lo medianejo... Con sus achaques, y como tiene que trabajar tanto, claro, el pobre...

PEPITA.—Pero siéntese, siéntese...

VENANCIA.—*(Fatigada.)* Sí, hija, que vengo sofocá... ¡Como tien ustés una escalera tan pina!... Y a más, que hemos venío en ese dichoso autobús, que cuando roña sobre el adoquinao trae a los viajeros con un meneo como para enjuagar botellas. La digo a usté... *(Se sientan.)*

PEPITA.—*(Sonriendo.)* Ya, ya... ¿Y a qué debo el gusto de verla por esta casa, doña Venancia?

VENANCIA.—Pos na, hija; que vengo a pagarla a usté el recibo del mes.

PEPITA.—¿Y por eso se ha molestado?

VENANCIA.—No..., y que, a más, es que me ha dicho mi esposo: «Pos mira: ya que vas con la chica, llégate, y de paso que la pagas le dices a doña Pepita que..., vamos..., que..., la verdad..., hija..., porque el que dice la verdad ni peca ni miente.

PEPITA.—¡Ah, claro!...

VENANCIA.—Pos que el padre de ésta..., ¿entiende usté?..., amos..., que no está muy satisfecho con lo que la chica aprende con usté, la verdad...

PEPITA.—*(Apurada.)* ¡Ay señora..., pues yo procuro...!

VENANCIA.—Sí, hija; si no es que usté no procure; pero..., vamos..., es que le voy a usté a referir lo que pasó en casa la otra tarde, pa que usté comprenda la queja.

AMPARITO.—Bueno; pero...

VENANCIA.—Tú te callas, que está hablando tu madre.

PEPITA.—Pues usted dirá. *(Aparte.)* ¡Ay Dios mío!

VENANCIA.—Porque la otra tarde..., ¿sabe usté?..., un tal Isidoro, hijo de la cuñá del prencipal de mi marido, que es un chico que está estudiando pa sobrestante, pues fué y vino de visita a casa; y en el aquel de la conversación, pos va y se entera de que la chica está en la Normal estudiando pa maestra y que usté le enseña la jometría. Y va su padre, muy orgulloso, y le dice a Isidoro... Pregúntala, pregúntala y verás. Y fué el chico y le preguntó qué era triángulo. A una servidora la hizo gracia, y dije: «¡Qué cosa más fácil!...», porque yo creí que triángulo son esos hierrecitos que tocan en la Banda Municipal; pero saltó ésta, y va y dice: «Triángulo es un cuadrado que tiene tres lados...»

PEPITA.—*(Aterrada.)* ¿Y tú dijiste que triángulo es un cuadrado?

AMPARITO.—No, señora; es que fué...

VENANCIA.—Tú dijiste eso, como nos tenemos que morir; que a mí no hay quien me niegue la verdad. Y bueno: el chico, de que oyó aquello, si no le damos agua, se accidenta de la risa.

PEPITA.—Pero, mujer: ¿y tú cómo pudiste decir...?

VENANCIA.—Total: que el chico, de güena manera, nos dió a entender que la niña sabe menos jometría que un pollo de perdiz.

PEPITA.—Doña Venancia, indudablemente es que Amparito se obcecó, porque, vamos, ese disparate...

VENANCIA.—Y le advierto a usté que no es que el chico ese sea ningún Séneca, porque hace cinco años que está en segundo, y este verano también le han suspendido.

PEPITA.—*(Aparte.)* Y lo debían haber ahorcado... Dios me perdone.

VENANCIA.—Y, francamente, hija, es lo que dice mi esposo: estar pagando treinta pesetas tos los meses unos pobres que no podemos, pa que llegue una ocasión y la niña haga un papel peor que el de envolver, pos no tiene gracia, hija; usté tie que comprenderlo, porque es la luz.

PEPITA.—Usted perdone, señora; pero yo no puedo hacer más.

VENANCIA.—Yo no digo que haga usté más, porque el que no sabe es como el que no puede; pero ya que no ha podido usté hacer más, lo menos que podía usté haber hecho es no haber mandao el recibito, hija; que a toas nos gusta llevar el chapiri y los cuatro trapitos de presumir; pero la que no pueda por buenas, que acarree cascote, ¿entiende usted, hija?

PEPITA.—*(Con profunda amargura.)* ¡Ya lo creo que entiendo, señora!

AMPARITO.—¡Por Dios, mamá!

VENANCIA.—No hay mamá que valga, que la enseñanza de los hijos es una cosa muy sacrosanta, y acuérdate que no das una; que el otro día te puso tu padre el problema de que si se coge medio kilo carne y cuarto kilo ternera y se suma, que qué resultao daría, y dijiste que almóndigas.

AMPARITO.—Es que me lo preguntó a las dos y cuarto, y tenía ganas de comer y gasté esa broma.

VENANCIA.—Y na, doña Pepita: que *(Se levanta.)* si la chica no aprende un poco más, pues no la choque a usté que cualquier día...

PEPITA.—Sí, señora; lo que ustedes quieran... *(Sorbiéndose las lágrimas.)*

VENANCIA.—Y aquí tiene usté las treinta pesetas. *(Cuenta seis duros, que saca ruidosamente de un bolso y se los da.)*

PEPITA.—*(Con repugnancia.)* No, no, por Dios; lléveselos usted.

VENANCIA.—No, hija; que yo no he dicho lo que he dicho pa no dar el dinero; no vaya usté a pensarse. *(A Amparito.)* Pos ahí te quedas, y tú verás

lo que haces, porque ya has oído a tu papá que como vuelvas a decir que triángulo es una cosa con tres laos, uno de los laos te lo pone como un tomate... *(A Pepita.)* Y no se sofoque usté por eso.

PEPITA.—*(Forzándose por sonreír.)* No, señora...

VENANCIA.—Que es que le cuesta a una mucho el ganarlo..., y la educación de los hijos...

PEPITA.—Sí; sí, señora, sí... *(Hacen mutis por la derecha.)*

AMPARITO.—¡Yo estoy que me muero del sofoco!... ¡Cómo la ha puesto a la pobre doña Pepita!... Bueno; tengo una madre, que Dios me perdone; pero es más ordinaria que el hormigón armao.

ESCENA VIII

PEPITA y AMPARITO.

PEPITA.—*(Entra acongojada, conteniendo a duras penas los sollozos.)* Bueno; vamos a dar la lección, que..., y luego te... *(Cae en una silla y llora en silencio.)*

AMPARITO.—¡Por Dios, doña Pepita, no se ponga usted así, que está usted pa que la dé un ataque!

PEPITA.—No; es que me había disgustado antes y...

AMPARITO.—¡No haga usted caso de nada, doña Pepita, por Dios!

PEPITA.—¡No he de hacer caso, hija!

AMPARITO.—Se lo digo a usted, porque mi mamá es muy buena; pero ha nacido en Puerta de Moros. Toma el «consommé» con paja; conque no le digo a usted más. ¡De modo que no le haga usted caso!

PEPITA.—No tengo más remedio que hacerlo, hija; porque cuando te dicen la verdad...

AMPARITO.—¡Bueno; pero no llore usted, porque yo la quiero a usted mucho! *(Llora.)* ¡Y me da usted una lástima, doña Pepita!...

PEPITA.—¡Por Dios, no te aflijas tú ahora!

AMPARITO.—Sí, señora; que yo no seré aplicada;

pero no soy tonta, y conozco las cosas, y veo los apuros que pasa usted para darme la lección.

PEPITA.—¡Ay! Sí; la verdad, sí, Amparito; paso apuros terribles, porque comprendo que no te puedo enseñar lo que tú necesitas saber y hago esfuerzos sin fruto. Tengo sólo dos años de carrera de maestra elemental, ya lo sabes, y para educar a unos niños, para una enseñanza primaria..., sí; pero yo necesitaba un poco más de dinero, siquiera para mal vivir, y me comprometí a lo tuyo, creyendo que con un estudio previo y apresurado de las lecciones podría enseñarte algo...; pero ¡no puedo!... ¡Ya lo ves! Me rindo a la evidencia; tu madre tiene razón. Os estoy (me da vergüenza el decirlo, pero es verdad) os estoy robando el dinero, y a ti el tiempo, que es lo peor.

AMPARITO.—¡Por Dios, no diga usted eso, doña Pepita!

PEPITA.—Sí, sí; tengo que decirlo, debo decirlo, porque para mí tu lección es un tormento que acabaría con mi vida... De modo que ya lo sabes, Amparito: márchate, márchate a tu casa, y no vuelvas más.

AMPARITO.—*(Llorando.)* ¿Que me vaya?... ¿Que no vuelva más? No, doña Pepita; no quiero irme. Yo quiero volver todos los días, y que me diga usted lo que me diga, volveré..., porque yo no sé lo que aprendo aquí..., de geometría puede que nada...; pero tengo un ansia de venir, que todas las mañanas estoy deseando que llegue la hora, y cuando mi madre se ríe de este afán, porque dice que aquí no aprendo, yo me digo muchas veces: «Pero ¿es que cuando se está al lado de una mujer que sufriendo lo que sufre y padeciendo lo que padece, es tan buena y tan santa, no se aprende algo?»

PEPITA.—¡Ay hija! Esas son las razones de tu bondad; pero tu conveniencia es otra... *(Se acerca al encerado y coge el libro y la tiza.)* Sí, sí, Amparito: vamos a acabar la lección. *(Pinta malamente una figura geométrica.)* Y no vuelvas más. Busca otra profesora, que quizá te querrá menos, pero te enseñará mejor.

AMPARITO.—*(Muy afectada.)* ¡Yo no busco a nadie!... Y, ¡por Dios!, no llore usté ni pinte más cosas, que le salen torcidas.

PEPITA.—No; es que he dibujado un trapecio para explicarte...

AMPARITO.—¡Qué trapecio, si eso parece un columpio! ¡Y es que no está usted para estas tonterías! *(Le quita la tiza de la mano y la tira.)*

PEPITA.—Claro: el pulso, las lágrimas...

AMPARITO.—¡Doña Pepita!...

PEPITA.—¡Amparito! *(Se abrazan llorando. Se le cae el libro.)*

ESCENA IX

DICHOS y MARTIRIO, por la primera izquierda.

MARTIRIO.—*(Riendo burlonamente desde la puerta.)* ¡Ja, ja!... ¡Vaya una manera de dar clase!... ¡Ja, ja, ja!

PEPITA.—¿Tú?

AMPARITO.—¡Doña Martirio!...

MARTIRIO.—*(Entrando.)* ¡Claro, así viene luego su madre y te pone como un trapo con razón, porque esto es estafarlas el dinero!... Aquí..., entretenidas en...

AMPARITO.—Mire usted, doña Martirio: haga usted el favor de callar y marcharse.

MARTIRIO.—Pero ¿qué dice esa insolente?...

AMPARITO.—Que se vaya usted y no insulte a su hermana.

PEPITA.—¡Por Dios, Amparito!

AMPARITO.—¡Que si no fuera por usted, y pa llenarla el buche, no tendría que estafar a nadie!

MARTIRIO.—Pero ¿qué groserías está diciendo esta señorita del pan pringao?

AMPARITO.—¡Verdades de arroba, eso es! Que si usted fuera como es debido, hincaría también el

hombro y no tendría ella que matarse a trabajar.

PEPITA.—¡Cállate, por Dios!

MARTIRIO.—¡Oye, insolente, sinvergonzona, so cursi!... Que llevas el sombrero de prestao...

AMPARITO.—¡Y usted de guagua!

PEPITA.—¡Por Dios!

MARTIRIO.—¡Chulona!

AMPARITO.—¡So fea!

MARTIRIO.—¿Yo fea?

PEPITA.—*(Sujetándola.)* ¡Por Dios, Martirio!

MARTIRIO.—*(Hecha una fiera y persiguiéndola.)* ¡Suelta, que la voy a poner los hocicos como dos morcillas!... ¡So deslenguada!

AMPARITO.—¡Que me araña!... ¡Sujétela usted! *(Huye.)*

MARTIRIO.—La voy a arrancar la lengua... *(Se suelta de Pepita y corre hacia ella.)*

AMPARITO.—¡Que me mata!... ¡Socorro!... ¡Sujetar a esa fiera! *(Vase por la derecha.)*

PEPITA.—*(Reteniéndola.)* ¡Por Dios, Martirio, por Dios!

MARTIRIO.—Pero ¿me voy a dejar sopapear de esa bribona? ¡En seguida!... ¡No faltaría más!

ESCENA X

DICHOS y JUANITO, por la puerta derecha.

JUANITO.—*(Asustado.)* Pero ¿qué pasa aquí, que cuando yo iba a llamar ha abierto la puerta una muchachita, me ha dado un encontronazo que de poco me tira y ha echado escaleras abajo como una flecha, gritándome: «No entre usted, que muerde»?... *(Mirando con sorna a Martirio.)* Y yo me he dicho: ¿a quién se referirá, si no tienen perro? ¿Sabes tú acaso...?

MARTIRIO.—¡Vete al demonio!

JUANITO.—¡Pues ya sé quién!... Después de todo,

en esta casa, con aptitudes para morder, no hay más que... *(Mira a Martirio sonriendo.)*

MARTIRIO.—Tú siempre tan irónico y tan impertinente...

JUANITO.—No he dicho que fueras tú todavía.

PEPITA.—¡Por Dios, Juanito, no empecéis tan pronto; pasa, pasa y siéntate si quieres...; pero, por Dios!...

MARTIRIO.—Y lo menos que se puede hacer cuando no se ha olvidado toda la educación y se va tan de mañana a molestar a una casa, es saludar a las personas.

JUANITO.—Eso voy a hacer. ¡Buenos días, Pepita!

MARTIRIO.—¿Estás oyendo? ¡Y el venir aquí dos años a hacer creer a esta desgraciada que te vas a casar con ella! ¡Casar!... ¡Ja, ja, ja!... ¡No te autoriza para semejantes groserías!...

JUANITO.—¡Las groserías son las tuyas!

PEPITA.—¡Por Dios, tened un poco de piedad, que llevo un día amarguísimo!

JUANITO.—Bueno; no te hago caso; mitad por lástima a tu hermana, mitad porque tienes menos inteligencia que una cucurbitácea.

MARTIRIO.—¿Que una crucu... curcu, qué?

JUANITO.—*(Con desdén.)* Que yo tengo la culpa que seas una criatura tan paquidérmica.

MARTIRIO.—¿Praqui..., qué dices?

JUANITO.—¡Hemos terminado!

MARTIRIO.—No; repite eso de pracri..., parqui...

PEPITA.—No le hagas caso, mujer; ¿no ves que son bromas?

MARTIRIO.—¡Si vendieras la estupidez a peseta el kilo, le dabas limosna a Rokefeller! ¡Qué asco de tipo, hija! ¡Se necesita humor! ¡Pinocho en Babia! ¡Ja, ja, ja!... *(Vase segunda izquierda.)*

ESCENA XI

PEPITA y JUANITO.

PEPITA.—¿Ves?... ¿Qué necesidad tenías...?

JUANITO.—No, si no me molesta. Lo hago para que se marche, y no me falla el truco. En cuanto le largo dos palabras de esas que no puede pronunciar, sale de estampía.

PEPITA.—¡Y luego quieres que te trate con afecto!

JUANITO.—No, si yo no quiero que me trate ni con afecto ni de ninguna manera. Y perdóname la mala intención; pero es que gozo cuando se hace un lío con esas palabrejas que la suelto. ¡Le guardo dos para mañana que se va a despellejar la lengua! Plantigrado y premostratense. ¡Nada!... Se va a figurar que tiene en la boca un cuarto de kilo de judías sin deshilachar.

PEPITA.—¡Entretenerte en eso!... ¿Ves qué poco cariño la tienes, Juanito?

JUANITO.—¿Cariño yo?... ¡A esa fiera! ¿Encima que es el obstáculo para nuestra felicidad?

PEPITA.—¡Por Dios, no digas eso!

JUANITO.—Sí, sí...; las cosas claras, Pepita. No puedo tragar a tu hermana, ¿qué quieres?... Y no puedo, porque encima que está explotando tu bondad y tu vida, me trata a mí a puntapiés, de un modo agresivo y brutal. ¡Peor que a nadie! Creyendo, sin duda, que quiero casarme contigo para hacerla la competencia en eso de explotarte!

PEPITA.—¡Por Dios, Juanito, no creas semejante cosa!

JUANITO.—Sí, sí... ¡No he de creerla!... Y precisamente para hablar de todo esto de un modo serio y concluyente, por circunstancias que te contaré ahora mismo, he venido esta mañana.

PEPITA.—Pues tú dirás. ¡Pero, por Dios, Juanito, háblame con toda la dulzura que puedas! No ol-

vides que llevo un día triste, y piensa que sobre tu corazón es el único sitio en que descansa y toma aliento mi alma.

JUANITO.—Sí, sí...; tú, teóricamente, me quieres mucho, descontado; pero vamos a ver si en lo práctico... ¡Siéntate, Pepita!

PEPITA.—*(Se sienta.)* Tú dirás.

JUANITO.—Hace dos años que acabé la carrera de Medicina, y, poco después, si no he contado mal, empezaron nuestras relaciones.

PEPITA.—En efecto.

JUANITO.—Tal vez nos unió la afinidad de nuestra situación.

PEPITA.—¡Claro!... Los dos huérfanos, los dos libres.

JUANITO.—Tú te vas defendiendo. Yo no vivo bien. Las mujeres os arregláis mejor; pero un hombre, rodando por el mundo a merced del egoísmo de patronas y familias de anuncio... No, no... ¡Estoy harto de esta vida! Necesito una casa: mi casa. Y la compañía de una mujer: mi mujer; y realizar así el ideal de mi cariño. Yo no soy romántico; pero ya sabes cómo te quiero, y la verdad, me tardan las horas en que juntos para siempre...

PEPITA.—¡Ay, sí, Juanito, sí...; tu sueño es mi sueño! Y quiera Dios que pronto...

JUANITO.—Pues bien: mucho de esto que te digo (quitándole la mermelada, claro), se lo dije a don Jesús, el propietario del igualatorio a que pertenezco, que, haciéndose cargo de mis razones, me aumentó el sueldo hasta quinientas pesetas.

PEPITA.—¿Qué me dices? ¿Qué milagro que don Jesús...?

JUANITO.—Y he querido venir a decírtelo, seguro de que te alegrarías.

PEPITA.—Claro que me alegro.

JUANITO.—Y, además, porque así, ya con este sueldo y algunas visitillas que yo haga por mi cuenta, podemos casarnos, vivir siquiera decorosamente y ser felices; de modo que es preciso que hoy mismo, sin excusa ni dilaciones, acordemos una fecha.

PEPITA.—*(Riendo.)* ¿Qué prisa te ha entrado?

JUANITO.—Sí, sí..., y no eludas la cuestión, bromeando como siempre que te hablo de esto. De modo que, categóricamente, ¿cuándo te parece que nos casemos? *(Pausa.)*

PEPITA.—Pues por mi gusto, en seguida; pero yo... ya sabes que..., ya sabes lo que te he dicho siempre, que yo no puedo separarme de mi hermana.

JUANITO.—*(Contrariado. Se levanta.)* Pero ¿es que pretendes que yo cargue con ella?

PEPITA.—Yo no pretendo nada; lo único que te digo es que yo no la puedo abandonar.

JUANITO.—Pero ¿no comprendes que llevarla a nuestra casa sería convertir nuestra vida en un infierno perpetuo?

PEPITA.—¿No lo he de comprender? ¡Os conozco a los dos! Pero ¿qué quieres que haga yo con mi hermana?

JUANITO.—¿Y qué quieres que haga yo con mi vida? Además, que yo no te digo que la abandones; puedes mandarla con algunos parientes.

PEPITA.—Si los que tenemos son muy lejanos, Juanito; ya lo sabes.

JUANITO.—Pero ¿tan lejanos son?

PEPITA.—Lejanísimos. Y en cuanto les hago la menor indicación de mandarles a mi hermana, se me pierden de vista.

JUANITO.—Pues que viva con Manuela.

PEPITA.—Ni soñarlo. Se mataban. Ya las conoces.

JUANITO.—Que viva entonces por su cuenta, y se la ayudará en lo que se pueda.

PEPITA.—¿Y con qué contamos nosotros para que tenga una vida posible? ¡Ella sola, en una guardilla!... y viéndoncs felices... Calcula.

JUANITO.—Sí; vendría diariamente a armarnos un escándalo. Me lo figuro.

PEPITA.—O no vendría nunca, que sería peor; porque me atormentaría a mí pensar en su soledad y en su abandono.

JUANITO.—Entonces, dilo claro: ¿es que con esa mujer no hay solución posible para nuestra vida? ¿No es eso?

PEPITA.—No, hombre; ten un poco de paciencia.

JUANITO.—No puedo tener más paciencia. *(Se levanta airado.)*

PEPITA.—¿Por qué no esperar algún tiempo?

JUANITO.—Pero ¿esperar qué?

PEPITA.—¡Ay por Dios, Juanito, no me abrumes!

JUANITO.—Sí, Pepita, sí; no tengo más remedio que abrumarte y decirte, aunque te parezca cruel, que tu sacrificio es un sacrificio idiota.

PEPITA.—¿Idiota dices?

JUANITO.—Sí. Hay que ser fuertes y duros en la vida. Tener el egoísmo de la propia felicidad. Yo no digo que eches a tu hermana por la borda; pero apártala como puedas de nuestro camino.

PEPITA.—Pero ¿cómo se aparta a un ser que se quiere? Porque yo, Juanito, reconociendo, quizá mejor que nadie, que mi hermana es como es, yo la quiero. ¡La quiero, ya te lo he dicho! Ella ha sido la única compañera de mis primeros años, ¡tan tristes!, de orfandad. Me daba muchos cachetes, claro...; pero una vez que estuve enferma gravemente, veló mis noches de dolor y lloró por mí... Mamá me encargó que no la dejase nunca. Lleva mi sangre, es desgraciada, no la quiere nadie. Tú puedes llamarla fiera, envidiosa, agresiva, yo..., yo no puedo llamarla más que hermana.

JUANITO.—¿Y prefieres sacrificar a ese cariño mi cariño?

PEPITA.—¿Qué he de preferir? Yo quisiera tener los dos, vivir para los dos, pero...

JUANITO.—Bueno; está bien, no te molestes. Porque me va pareciendo que esa obstinación en el cariño de tu hermana es excusa más que motivo real.

PEPITA.—¿Excusa? ¿Y qué es lo que supones?

JUANITO.—Que no me quieres.

PEPITA.—¡Juan!

JUANITO.—¡Que no me quieres, Pepita! Hora es ya de que te diga francamente lo que pienso.

PEPITA.—¿Y eres capaz de creer...?

JUANITO.—Que has perdido el interés por mí. *(Con insidia.)* O que tal vez tus proyectos no van hacia

un hogar humilde y tranquilo, sino hacia una vida más independiente y más libre.

PEPITA.—*(Exaltada.)* Por Dios, Juan, ¿qué quieres decir?

JUANITO.—Todo se sabe. Ya sé que algún alumno distinguido, algún extranjero alojado en el Ritz que quiere aprender español... ¿No me negarás que te han buscado?

PEPITA.—Basta, Juan; basta. Sí, me han buscado, es verdad, pero yo no he ido. Y tienes derecho a no comprenderme, a afligirme, a amargar mi corazón; a ofenderme, no..., ¡a ultrajar mi dignidad, no! ¡Esto es más de lo que puedo sufrir!

JUANITO.—*(Con igual ironía.)* ¡No exageres, mujer! Calma tu ira.

PEPITA.—No, no es ira. ¡La ofensa brutal de la persona que se quiere no produce ira, produce dolor!

JUANITO.—Comprende que tu obstinación justifica cualquier duda...

PEPITA.—No sigas ofendiéndome, te lo ruego.

JUANITO.—La verdad no ofende.

PEPITA.—*(Airada.)* ¡La verdad! Mira, Juan: prefiero que te vayas. Tengo una congoja muy grande y muchas ganas de llorar. ¡Me encuentro tan sola entre todos vosotros!... ¡Déjame, vete!...

JUANITO.—*(Exaltado.)* ¿Que me vaya?

PEPITA.—Sí; necesito tranquilizarme para hacerme la ilusión, ¡la ilusión!, de que no has querido manchar con una ofensa todo el dolor y toda la amargura de mi vida, y así, puede que algún día te perdone.

JUANITO.—No necesito tu perdón. Y, además, yo no soy ningún zarandillo. Si me marcho es para no volver.

PEPITA.—¡Haz lo que convenga a tu corazón y a tu vida!

JUANITO.—Está bien. ¡Adiós! *(Vase iracundo y violento.)*

PEPITA.—*(Llora amargamente.)* ¡Madre mía!

ESCENA XII

PEPITA y MANUELA.

MANUELA.—*(Que sale furiosa al desaparecer Juan y que intenta seguirle, amenazadora.)* ¡Sinvergüenza! ¡Granuja!

PEPITA.—*(Llorando.)* ¡Por Dios, Manuela!

MANUELA.—¡No llores, no te acobardes, so tonta!

PEPITA.—*(Con desconsuelo.)* ¡No puedo más!

MANUELA.—Pues hay que chincharse en to el mundo, ¡qué repeine!, que el que se deja caer al suelo, ¡toos le pisan! ¡Y eso, nunca! Tú tiés muchos ánimos. ¡Alante con to!

PEPITA.—Pero es que Juanito ha llegado hasta...

MANUELA.—¿A dudar de ti? Ya le he sentío a ese trasto. Si no me vale la prudencia, salgo y le doy un guantazo, que tié que llevarse los morros con guardamalleta.

PEPITA.—Sabiendo él lo que yo le quiero.

MANUELA.—Pos no seas prima, que no se lo merece. Que ése también va a lo suyo. A tener mujer hermosa, casa limpia y comida sana. ¡Que te rodeamos una gentecita!, yo la primera, que nos debías coger a toos y darnos una de bofetadas... *(Pegándose dos o tres cachetes.)* ¡Maldita sea mi cara!

PEPITA.—¡Por Dios, Manuela, a ver si te rompes los dientes!

MANUELA.—Y que aún no los he acabao de pagar. *(Amenazándose a sí misma.)* Que si no fua por eso... *(Pausa.)* Bueno; pues hoy está el día de uva.

PEPITA.—*(Asustada.)* ¿Pasa algo más?

MANUELA.—Otra mala noticia, hija, perdona.

PEPITA.—Por Dios, ¿qué es?

MANUELA.—Que ha subido el casero.

PEPITA.—¡Jesús!

MANUELA.—Como estaba Juanito, lo he metío ahí, en el cuarto de los baúles; lo he sentao encima de

una sombrerera pa que se entretuviese..., y le he estao dando conversación...

PEPITA.—¿Y sigue ahí?

MANUELA.—Como si le hubián atornillao.

PEPITA.—Pues el caso es que no me quedan más que cuatro duros, y los seis de Amparito; de modo que me faltan cinco.

MANUELA.—Yo tengo dos. Los guardaba pa componerme los zapatos, que llevo los dedos al aire; pero, en fin, si los necesitas, que se fastidie el meñique.

PEPITA.—Sí; le daré los doce duros, y le diré que los otros tres, el día veinte.

MANUELA.—Que s'aguante. Ya ve la güena voluntá.

PEPITA.—Pues dile que pase, y, por Dios, no te alejes mucho, que ya sabes que es un viejo muy pegajoso y muy molesto.

MANUELA.—No tengas cuidado, que si se propasa salgo, y en broma, en broma, le doy una paliza que lo baldo. *(Alto, en la derecha.)* Que pase usté, don Crescencio.

ESCENA XIII

DICHAS y DON CRESCENCIO.

CRESCENCIO.—*(Es un viejo meloso, bien conservado, arriscadillo y alegre.)* ¡Muy buenos días, hijita!... ¡Je, je! *(Queda en la puerta.)*

MANUELA.—¡Mia qué viejo tan curiosito!

PEPITA.—Pase, don Crescencio, pase.

CRESCENCIO.—Pues usted perdone, pero aquí le traigo... *(Busca en la cartera.)*

MANUELA.—¿Esa tontería de toos los meses?...

CRESCENCIO.—El recibito. *(Mostrándolo.)* ¡Je, je!

MANUELA.—*(Dándole un manotazo en broma.)* ¡Tire usted eso, hombre!...

CRESCENCIO.—¡Je, je!... *(Recogiéndolo.)* ¡Esta Manuela...!

PEPITA.—Siempre está de broma, sí, señor.

CRESCENCIO.—¡Que es alegrita, como yo!

MANUELA.—¡Y tanto!... ¡Que aquí, donde lo ves, es de la quinta de Espartero; pero en cuestión de faldas no deja parar una!

CRESCENCIO.—¡Je, je!... Cría mala fama...

MANUELA.—¿Mala fama?... Pero si cuando nos mudamos me dijo usté una noche en la escalera que me iba a quitar de servir... ¡A mí!... ¡Carcula!

PEPITA.—*(Riendo.)* ¡Por Dios!

CRESCENCIO.—¡Bromitas!

MANUELA.—Gracias que fuí y se lo dije a su mujer, así, en bromita. Y me dijo: «No le haga usté caso, que es que como él ya no sirve, no quiere que sirva nadie..., ¡y le dió una de guantás...!

CRESCENCIO.—¡Menudo disgustito me acarreó!

PEPITA.—Bueno; anda, tráete eso y calla, que hablas de sobra.

MANUELA.—¡Bromitas! *(Sale.)*

CRESCENCIO.—Pues usted perdone, hijita, si subo a molestarla...

PEPITA.—No, por Dios, don Crescencio...; pero el caso es que tendrá usted que dispensarme...

CRESCENCIO.—¿Pues...?

PEPITA.—Porque no puedo darle de momento más que doce duros; pero los tres que faltan...

CRESCENCIO.—Como usted le dijo al portero, que subió el cuatro y volvió el nueve, que subiese el quince...

PEPITA.—Sí, es verdad; pero...

CRESCENCIO.—*(Mira en su cartera.)* Mire como lo tengo apuntadito en mi cartera. *(Lee.)* El quince, la niña bonita, ¿eh?... ¡Je, je!...

PEPITA.—*(Riendo forzadamente.)* ¡Muy gracioso, y, además, es usted muy galante!

CRESCENCIO.—*(Poniéndose meloso.)* Menos de lo que usted merece. *(Se acerca a ella.)* ¡Está usted de un modo que subyuga!

PEPITA.—¡Ay por Dios! Siéntese, siéntese... *(Un poco asustada.)* Y le repito que perdone si no le doy el importe completo; pero antes del veinte...

CRESCENCIO.—¡Pchs!... No me gusta hacer eso

con los inquilinos; pero, en fin, usted..., usted es una excepción, Pepita... Y ya ve usted si soy discreto, que por si no se le habían arreglado los asuntos y carecía de numerario..., he subido yo. No me gusta que el portero se entere..., porque esta gente baja... *(Se acerca.)* ¡Está usted más gruesa, Pepita!

PEPITA.—Pues, desde luego, confíe en que el veinte sin falta... *(Está inquieta.)*

CDESCENCIO.—No se apure... Pero ¡si yo no he de apremiarla!... ¡Usted no debía pagar casa, Pepita!

PEPITA.—*(Sonriendo con apuro.)* Jesús, ¿por qué no?... ¡Como todo el mundo!...

CRESCENCIO.—*(Más próximo y casi en voz baja.)* Usted, no; usted, no... Es usted tan seriecita y tan... ¡Está usted más llena!

PEPITA.—Pero siéntese, siéntese... *(Llama.)* Manuela...

CRESCENCIO.—Me da a mí una penita esta vida de privaciones que la veo llevar. Siempre trabajando..., sin salir de su rinconcito..., una mujer tan guapa y tan...

PEPITA.—No tengo humor para nada, don Crescencio.

CRESCENCIO.—¿A usted no le gusta el teatro?

PEPITA.—Sí, mucho; pero como una no puede...

CRESCENCIO.—Pues, cuando usted quiera, una tarde tomo un palquito...

PEPITA.—*(Ya molesta.)* ¡No, por Dios, muchas gracias!

CRESCENCIO.—¡Je, je!... Pero ¡no se vaya usted a creer, Pepita...! Lo mío todo es simpatía, ¿eh?, pura simpatía.

PEPITA.—*(Seriamente molesta.)* ¡Ah, claro! Tratándose de mí, ¿qué otra cosa iba a ser?...

CRESCENCIO.—¡Por eso! ¡Y si usted supiera lo que me hace sufrir involuntariamente!...

PEPITA.—¿Yo?

CRESCENCIO.—Sí, sí, porque... es que ya me han pedido cinco veces este pisito de usted. Se quiere venir a vivir un hijo mío..., ¡el pobrecillo!

PEPITA.—*(Aterrada.)* ¡Ay por Dios, don Crescencio, que si me tuviera que mudar...!

CRESCENCIO.—Ya me hago cargo... Los pisos tan caros..., el gasto de la mudanza..., en la situación de usted... Sería una ruina y un trastorno... Lo comprendo, lo comprendo...

PEPITA.—¡Ay, sí, por Dios, y yo le ruego que no me...!

CRESCENCIO.—Además, no me resignaría a dejar de verla. Está usted de un modo... Pero los hijos se ponen tan pesados...

MANUELA.—*(Que sale de nuevo.)* Los hijos y los abuelos... So pindonguillo... *(Le da en broma un pescozón que lo tambalea.)* ¡Je, je!...

CRESCENCIO.—¡Caray, qué Manuela esta! No se puede hacer carrera con ella.

MANUELA.—¿Qué no se puede hacer carrera? Pues de güena gana lo llevaba a usted al Este, que es pa lo que usté está ya, so tunarrón. *(Golpe.)*

CRESCENCIO.—¡Pero, hija...! ¡Por Dios, qué bromitas!... *(Huyendo.)* Bueno, pues...

PEPITA.—Aquí tiene usted el dinero. Los tres duros que faltan... *(Se lo da.)*

CRESCENCIO.—Sí, sí; el veinte, ya lo he oído. Ya me voy.

PEPITA.—*(Dándole la mano.)* Pues tanto gusto, don Crescencio.

CRESCENCIO.—El gusto es mío. *(Le retiene la mano.)* ¡Qué manita!...

MANUELA.—*(Sacudiéndole otro pescozón.)* Y ésta, ¿no le gusta?

CRESCENCIO.—*(Con cara de dolor.* ¡Por Dios!... ¡Je, je!... ¡Qué bromitas! Con Dios, guasona. *(Le da un pescozón que le quita el habla, y sale huyendo puerta derecha.)*

MANUELA.—¡Mi madre! ¡M'ha cogío desprevenida!... Y anda, que él ha venío de viejo verde; pero cuando llegue a su casa está negro. Y no creas, que gracias a los porrazos le he podido meter la viruta; porque te advierto que los dos duros que le he dao son sevillanos.

PEPITA.—*(Llorando desolada.)* ¡Ay, sí, Manuela,

si!... Pero me temo que nos va a echar de la casa. ¡Qué rato he pasado!... ¿Estás viendo qué vergüenza y qué asco de vida?... ¡Yo no puedo más, no puedo más!

ESCENA XIV

PEPITA y MANUELA; al final, DON DAVID.

MANUELA.—Te digo que otra que no fuas tú... ¡Maldita sea la pena!...

PEPITA.—¡Qué horror! ¡Qué horror y qué amargura!

MANUELA.—¡Tu hermana tie la culpa de too!...

PEPITA.—¡Y Juanito, que me abandona sin comprenderme!... ¡Agrio, egoísta, iracundo!... Y, claro, esta gentuza me ve desamparada y sola, y me asedia y me ultraja...

MANUELA.—¡No sé cómo no le he estrellao a ese tio!...

PEPITA.—¡Y, además, me van faltando los medios de sostenerme, Manuela!... ¡Dentro de poco no podremos ni vivir!

MANUELA.—*(Llorando.)* ¡Pobre hija!

PEPITA.—Y lo peor es que no veo solución para mi vida. Presiento un porvenir de miseria, de soledad, de abandono...

MANUELA.—Y too por esa hermana, por esa cruz que tienes... ¡Pos chica, déjala que se escuerne ella sola!

PEPITA.—*(Iracunda.)* ¡Que te digo que no, Manuela!... Y no me vuelvas a decir eso, si quieres seguir a mi lado. ¡Con mi hermana me salvo, o con mi hermana me hundo!... Se lo juré a mamá, y lo he de cumplir...

MANUELA.—Entonces, no sé qué decirte, porque con esa hermana a cuestas tu vida es una madeja que paece que te la ha enredao un gato.

PEPITA.—Pero tú, que tienes experiencia; tú, que me quieres, aconséjame... Yo estoy desorientada,

desesperada... ¿Qué haría yo, Manuela; qué haría yo?

MANUELA.—Calla, mujer; calla, que piense... a ver... *(Pausa.)* Oye: ¿no sería bueno que metieras a tu hermana en el «Metro»?

PEPITA.—Pero ¿de qué?

MANUELA.—¡Qué sé yo!... Aunque fuera de viajera... ¡Con tal de no verla pol mundo!...

PEPITA.—¡Por Dios, en serio!

MANUELA.—¿Y hacerla creer que está delicada del pecho y mandarla a Valdelatas, a que las diese allí?

PEPITA.—¡Jesús! ¡Qué humor de bromas!

MANUELA.—Si no te creas que son bromas; es que una quisiera dar con algo y no...

DAVID.—*(Asomándose a la ventana.)* ¡Pepita!... ¡Amiga Pepita!...

PEPITA.—*(Asomándose.)* Don David, ¿me llamaba usted?

MANUELA.—*(Como herida de una idea súbita.)* ¡Ay, este hombre!... ¡Ay, qué idea!

DAVID.—¿Sería usted tan amable que me permitiera una visita para irla a pedir la mano... de sacudir la ropa?

PEPITA.—Pero ¿todavía sigue usted con esas bromas?

MANUELA.—*(Que se asoma también.)* Sí, sí, don David; venga usted, que le daremos la mano de sacudir y toas las manos que usté quiera...

DAVID.—¡Muchas gracias!

PEPITA.—*(Entrando, a Manuela.)* Pero ¿qué estás diciendo?

MANUELA.—¡Déjame, que yo sé lo que me digo! ¿Tú ves ese hombre, Pepita?... ¡Pues ese hombre es nuestra salvación! *(Vuelven a asomarse, bromean y hablan animadamente.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

PEPITA, MANUELA y DON DAVID, enfrente, con la ventana abierta. En una de las vidrieras tiene colgado un espejito, y ante él se riza el bigote. Está en mangas de camisa. Canta, muy alegre al parecer, pero en tono áspero y profundo, más a propósito para un canto litúrgico.

Este es el amor,
este es el amor travieso,
que hace suspirar.
que hace suspirar; por eso
el que quiere y no es querido
nunca se debe dar por vencido.

DAVID sigue tarareando en voz más baja. MANUELA y PEPITA salen por la segunda izquierda, y, acercándose con cuidado a la ventana, le miran.

PEPITA.—*(Al oirlo.)* ¡Ay!

MANUELA.—Mialó. *(Sonríe.)* Lo tienes cantando. Como un canario en mayo.

PEPITA.—¿Canario dices? Pero si tiene una voz que araña.

MANUELA.—Porque canta de bajo.

PEPITA.—Sí; pero debajo de un colchón. ¡Qué cosa más subterránea! Yo, cuando le oigo eso de *(Canta imitando su voz cavernosa.)*: «Este es el amor...», digo: «¡Qué va a ser eso el amor, hombre! ¡Eso es un funeral!»

MANUELA.—Pero ¿cuándo le has oído cantar más que desde que te quiere?

PEPITA.—*(Con horror.)* ¡Ay, calla! No me digas eso.

MANUELA.—Pues decir que está más chalao por ti que el gato por la cordilla.

PEPITA.—Por Dios, no me lo recuerdes, Manuela, que me muero de espanto. Desde que por consejo tuyo le he sonreído, le he puesto buena cara y el hombre se ha animado y me acompaña alguna que otra vez..., vamos..., es que no puedo dormir de miedo.

MANUELA.—Mujer, no es pa tanto.

PEPITA.—Sí, sí... No puedo remediarlo. Mira: ayer, al despedirme en la puerta, me dijo: «Pepita, está usted para comérsela.» Bueno; pues me dió un estremecimiento en todo el cuerpo, porque sentí como unos colmillos que se me clavaban, y... *(Se estremece.)* ¡Ay!

MANUELA.—Sí; la verdad es que parece que dice los piropos con serrucho.

PEPITA.—Pues figúrate: la otra mañana, que me encontró en Recoletos y se empeñó en contarme un sueño que había tenido...

MANUELA.—Lo de toos los hombres; cuando quien contarte una tontería y no s'atreven, te dicen que l'han soñao.

PEPITA.—Sí, sí...; pues verás: me dijo que había soñado conmigo, que estábamos los dos solos en una selva de América... ¡Figúrate!...

MANUELA.—¡Huy, qué lejos!

PEPITA.—Que yo tenía sed, y que él se subió a un cocotero y empezó a tirarme cocos para que yo bebiese. Bueno; pues cada vez que me decía: «¡Ahí va el coco!...», a mí se me ponía la carne de gallina, y dos o tres niños que jugaban por alrededor se fueron aterrados. Luego me dijo que nos acome-

tieron los monos y que él con su rifle, a éste quiero, a éste no quiero, los ahuyentó, y que al minuto ya no quedaban en la selva más que dos monos: él y yo. Claro: yo, inocentemente, le dije que yo, si acaso, sería mona, y él, que por lo visto no esperaba otra cosa para hacer el chiste, me dijo: «¡Monísima!» Pues mira: me lo dijo en un tono, que si no estamos en Recoletos me subo a una acacia de miedo.

MANUELA.—Es que está loco por ti.

PEPITA.—Pues eso es lo que más me aterra; por eso me parece que hemos cometido una ligereza al invitarle esta tarde a tomar el té, Manuela.

MANUELA.—Pero si es que te dijo que quería hablarte de un sobrinito suyo que quería que le enseñases la jometría.

PEPITA.—¡Ay, pues eso sí que no: ni soñarlo! Geometría, no.

MANUELA.—Bueno; pero ties que oírle al menos. ¿Y dónde le ibas a recibir? A más, hay que seguir alante con mi estratagema, créemelo.

PEPITA.—Es que tu estratagema es una locura, Manuela.

MANUELA.—Mi estratagema es la única solución pa casar a tu hermana, que es lo que remediaría toos tus males. Y casar a tu hermana no te creas que es una cosa sencilla, ni muchísimo menos, porque eso se lo propongo yo a la estatua de Espartero, y el caballo me da un par de coces.

PEPITA.—Sí, comprendo que...

MANUELA.—Pos si lo comprendes, no te amilanes; hay que hacer lo que hemos maquinao: casar a tu hermana con don David.

PEPITA.—Pero eso es una locura.

MANUELA.—Ese es el único porvenir.

PEPITA.—Pero, aunque fuera posible, ¿no comprendes que con sus genios a los dos días se matan?

MANUELA.—Es que si se matan también es un porvenir. Que todo lo he pensao.

PEPITA.—¡Por Dios, Manuela!

MANUELA.—Pero no te apures, que no se matarán. El caso es que tú metas a ese hombre en casa con

cuatro carantoñas..., y luego, a darle cambiazo poco a poco. Tú, a manifestarte como una mujer coqueta, rabiosa, frescales, parlanchina y gastadora..., que no tenga el diablo por dónde cogerte.

PEPITA.—Pero ¿cómo hago yo todo eso, tan contrario a mi carácter?

MANUELA.—Ahí de tus artes. Piensa que en ello te van el amor y la felicidad.

PEPITA.—Pero ¿tú crees que Martirio secundará esto?

MANUELA.—De tu hermana me encargo yo. Ya la tengo medio atontoliná. En cuanto le he indicao lo más mínimo, de que un hombre pensaba en ella..., me ha dicho que dónde venden el «Tenorio» y que le pongan muelles al sofá.

PEPITA.—¡Ay! Pero si esto nos fallara, ¡con el genio que tienen los dos!...

MANUELA.—Pues, si nos fallara, nos hacemos cuenta que hemos ido al Retiro y que s'han escapao dos tigres... Nos subimos a un árbol y llamamos al alcalde pa que le muerdan a él... En fin: ya veremos.

PEPITA.—Bueno; yo me voy a casa de Suárez, a ver si cobro lo de los niños y acabamos de pagar al casero..., para que no vuelvan a subir. Si mientras viene don David, le entretienes...

MANUELA.—Sí, le diré que te espere. Y tú, cuando entres, lo que te he dicho. Como una mujer de rompe y rasga; desparpajo, desenvoltura; vamos..., lo que hemos convenío...

PEPITA.—Haré de tripas corazón. ¡Ay! Pero con el genio de ese señor, ¡tengo un miedo!...

MANUELA.—¡Anda, anda, que viene tu hermana!

PEPITA.—Pues hasta luego. *(Sale por la derecha.)*

MANUELA.—Seguiré trabajando a esa loca... Bueno: si me falla esta faenita, no cuesta mi entierro ni dos reales. Así van a ser los cachos. *(Señalando con el meñique.)*

ESCENA II

MANUELA, MARTIRIO y DON DAVID, que, ya más vestido, sigue acicalándose al espejo y tararea bajito.

MARTIRIO.—*(Que sale por la primera izquierda, a Manuela, en voz baja.)* Qué, ¿lo has visto?

MANUELA.—*(En voz muy baja.)* ¡Chis! *(Lo señala.)*

MARTIRIO.—*(Precipitándose.)* ¡Oh!...

MANUELA.—Pero ven de puntillas, no lo espantes.

MARTIRIO.—*(Mira.)* ¡Ay, con qué gracia se hace el lazo de la corbata!

MANUELA.—Pos si vieses qué desenvoltura tiene pa apretarse los nudos... ¡Hace unos tironcitos tan elegantes...!

MARTIRIO.—¡Ay, calla!... Pero oye, Manuela: ven aquí. Es verdad lo que me has dicho, ¿verdad?

MANUELA.—Como si te lo hubiese relatao San Mateo, que es el Evangelista más fetén de toa la Historia Sagrá.

MARTIRIO.—¡Ay!, ¿sí? Porque desde que me has dicho que hay un hombre que me quiere, siento así en mi interior una molestia..., que no me molesta; pero, vamos, que no me deja dormir... ¡Como es la primera vez...! ¡Ay, qué «début»!

MANUELA.—Pues duerme tranquila, que es verdad.

MARTIRIO.—¡Ay, sí!... ¡Que sea verdad! *(Nerviosa y extraviada.)* Porque, como fuera mentira, es que te mataba y no me satisfacía.

MANUELA.—*(Asustada.)* ¡Mi madre!... ¡Cálmate, mujer!... En una cosa así, ¿cómo iba yo a engañarte?...

MARTIRIO.—¡Ay!... ¿Y cómo fué, cómo fué?... Cuéntamelo otra vez, que no me canso de oírlo.

MANUELA.—Pues verás: que bajaba yo el otro día por carne congelá, y va la portera y me llama y me dijo, dice: «Oye, Manuela..., que me paece, me

paece que pa tu señorita Martirio se está abriendo un porvenir color de rosa, porque en el segundo hay un señor militar que está dando ca suspiro por ella, que tié que hacer los cigarros con «parabrís» pa que no se le vuele el tabaco; no te digo más.»

MARTIRIO.—¡Ay!, pero ¿tanto le he enajenado?...

MANUELA.—Una cosa como pa Ciempozuelos. Sino que, es claro, como no t'arreglas ni ties esmero pa tu persona...

MARTIRIO.—Sí, sí; es verdad; soy una joya desengarzada.

MANUELA.—Naturalmente. Pues no seas tonta..., y anda y que te engarcen, o engárzate sola, y le vuelves mochales, créeme a mí.

MARTIRIO.—Pero el caso es, Manuela, que yo había soñado con un hombre joven, de esos que tienen unos ojos apasionados y grandes y que con una mirada te miran toda entera.

MANUELA.—¡Sí; pero una ganga de ésas no la encuentras más que en las exclusivas Verdaguer!

MARTIRIO.—Pero dime, porque esta duda me taladra el corazón... Entonces, si me ama tanto, ¿cómo habla sólo con mi hermana? ¿Cómo mi hermana coquetea con él? Porque coquetea, ¡que yo lo he visto!

MANUELA.—Señor, porque como tú tienes ese genio tan malísimo, el hombre, asustado, adora el santo por la peana, como aquel que dice..., y ha buscao el pretexto de Pepita pa meterse aquí... ¡Ahora, lo demás lo tiés tú que hacer, señor! Tú ponte guapa, atraztiva...; tú coquetea, hazte dulce, suave, amable..., y pasao mañana me juego ésta a que se vuelve a ti como el girasol a la luz.

MARTIRIO.—¡Ay, sí; que se vuelva, que se vuelva..., Manuela!

MANUELA.—¡Y si no se vuelve él, te lo vuelvo yo!

MARTIRIO.—Y respecto a mi hermana, que tenga mucho cuidadito, porque ya he tomado mis medidas para que no me lo quite.

MANUELA.—*(Asustada.)* ¿Que has tomao tus medidas?

MARTIRIO.—Pepita es una envidiosa, y si llego a amar a ese hombre y me lo quita..., ¡no quiero pensar en la tragedia!... *(Don David sigue con «Doña Francisquita».)* ¡Calla!... ¿Es él, o es un canario flauta?

MANUELA.—De ser un canario, es trombón; pero me parece que es él.

DAVID.—*(Cantando.)* ¡Este es el amor, éste es el amor travieso!

MARTIRIO.—¡Y tan travieso!

DAVID.—Que hace suspirar, que hace suspirar por eso...

MARTIRIO.—Por eso ¡y por tantas cosas...! ¡Ay!

DAVID.—El que quiere y no es querido...

MARTIRIO.—*(Cantando, acaba la frase.)* Nunca se debe dar por vencido. *(Se oculta.)*

DAVID.—*(Asomándose, extrañado.)* ¡Qué raro, una chicharra en octubre!

MARTIRIO.—*(A Manuela.)* ¿Qué dice?

MANUELA.—No, nada; cierra y déjalo que sufra.

MARTIRIO.—¿No sería oportuno que saliese y le tirase un beso?

MANUELA.—No, que ha cerrao y le podrías romper las vidrieras. *(Aparte.)* Bueno: si no me sale bien la artimaña, me tien que traer el árnica en un tanque. *(Vase segunda izquierda.)*

ESCENA III

MARTIRIO; luego, MANUELA; después, JUANITO.

MARTIRIO.—¡Ah, sí, sí!... ¡Tengo tomadas todas mis medidas! ¡En intereses y en amores no hay hermanos!... Pepita es una presumida y una falsa, y todo lo supondrá menos que este hombre viene por mí, una pobre fea... ¡Ya te arreglaré yo a ti, ya!... No me lo disputarás ni un minuto. No tardará quien no te deje coquetear. Me he prevenido. *(Llaman al timbre.)* ¡El puede que sea! ¡Es la hora!...

MANUELA.—*(Saliendo segunda izquierda.)* Han llamao.

MARTIRIO.—Yo saldré a abrir.

MANUELA.—Debe de ser el panadero...

MARTIRIO.—Como no le pagáis, el hombre...

MANUELA.—*(Con ironía.)* ¡Que somos unas tramposas!

MARTIRIO.—¡Y tanto!... Yo le despediré. ¡Anda a la cocina!

MANUELA.—¡Qué ángel de Dios!... *(Vase por el mismo sitio.)*

MARTIRIO.—*(Yendo a abrir.)* Debe de ser él. Sin duda ha recibido mi carta. *(Sale y vuelve a poco con Juanito.)*

MARTIRIO.—Pasa. *(Entran.)*

JUANITO.—*(Displicente.)* Recibí ayer esta carta tuya. *(Lee.)* «Juan: Ven. Van bien significados mis deseos de hablarte con sólo decirte que vengas. Se trata de un asunto gravísimo, que nos interesa a todos, *Martirio.*» Y aunque a mí nada de tu casa me interesa ya, aquí estoy. Un resto de cortesía...

MARTIRIO.—Siéntate.

JUANITO.—*(Se sienta.)* Gracias.

MARTIRIO.—*(Sentándose.)* Verás...

JUANITO.—Dime.

MARTIRIO.—Mi hermana...

JUANITO.—He dicho que nada suyo me interesa.

MARTIRIO.—Oye, sin embargo, que puede que esto sea una excepción. Mi hermana, despechada, sin duda, por tu abandono, está coqueteando con un señor, para que lo sepas!

JUANITO.—*(Se levanta como si le hubiera mordido una víbora.)* ¿Eh?...

MARTIRIO.—Suponía tu escozor.

JUANITO.—*(Se sienta nerviosísimo, tratando inútilmente de aparentar tranquilidad.)* No es que me escueza ni que me importe un pito su conducta; pero... ¡El nombre de ese canalla...!

MARTIRIO.—Oye, tú...

JUANITO.—¡Mira si yo me lo figuraba!... ¡Venga su nombre!

MARTIRIO.—Pero ¿qué intentas?

JUANITO.—Romperle la cabeza.

MARTIRIO.—No, perdona; a ese hombre no le rompes tú nada.

JUANITO.—¡Le rompo la crisma! Y no es que él ni ella... ¡Figúrate!... ¿A mí qué?... Pero es que uno... ¡Mira si me engañé! ¡Por algo llevo quince días vigilando la casa! *(Pasea nervioso.)* ¡Su nombre!... Venga su nombre, porque del primer estacazo...

MARTIRIO.—*(Levantándose.)* He dicho que a ese hombre le tocas, y has perdido las narices.

JUANITO.—¿Es Paulino Uzcudun?

MANUELA.—Soy yo, porque ese hombre es un hombre que me interesa a mí, para que lo sepas.

JUANITO.—*(Asombrado.)* ¿A ti?...

MARTIRIO.—A mí.

JUANITO.—¿Estás loca?

MARTIRIO.—Cuerda y muy cuerda. *(Dándose pisto.)* Se trata de un caballero que hace tiempo viene dándome la lata para que lo quiera..., y, al fin, yo...

JUANITO.—Cuerda y lata..., y ¿tú?... ¿Es el héroe de Cascorro?

MARTIRIO.—Poco menos. Es el comandante de ahí enfrente. Don David Avecilla.

JUANITO.—Pues esa avecilla dala por desplumada.

MARTIRIO.—Esa avecilla tiene garras de buitre para los hombres, corazón de paloma para las mujeres y alas de cóndor para remontarse conmigo donde mi alma, despreciada de todos, alcance el amor que merece. Nada más.

JUANITO.—¿Te ha visto Esquerdo?

MARTIRIO.—Me ha visto él, que ascenderá conmigo...

JUANITO.—¡Tú puede que asciendas; él no asciende, se muere de comandante, porque lo mataré yo!

MARTIRIO.—¡Por Dios, Juanito, reflexiona!...

JUANITO.—He dicho que lo mato, y lo mato... Y no es que me importe que Pepita...

MARTIRIO.—¡Pero si es ella la culpable!... Ella, la que quiere quitármelo... Esta tarde le ha invitado a tomar el té.

JUANITO.—¿El té? ¡Pues las galletas corren de mi

cuenta! Y ya digo que no es que todo esto me importe un rábano; pero, vamos...

MARTIRIO.—Yo te he avisado, porque tú estabas para casarte con ella. Debes intervenir.

JUANITO.—¡Pérfida!... ¡Ingrata!... ¡Hipócrita!... ¡Claro; por eso rehuía la boda conmigo!...

MARTIRIO.—Y me ponía a mí como pretexto. ¡A mí, pobre mártir!... ¡Y ahora me quiere robar la única alegría que puedo tener en la vida!... ¡La única, Juan, la única!

JUANITO.—¡Ah, pues no, no..., no te la quitará! ¡Yo te lo juro! ¡Porque yo me fuí de su lado, es verdad; pero otros se van y los llaman! ¿Me ha llamado ella a mí, que era la que debía rebajarse? Entonces... De modo que volveré luego, cuando estén juntos. Les amargo el té... Y no es que me importe dos cominos...; mejores que ella, a patadas... Pero de mí no se burla nadie... ¡No, no se burla!

MARTIRIO.—Bien hecho.

JUANITO.—¡Adiós! Ya verás..., ya verás... *(Vase por la derecha, desesperado.)*

MARTIRIO.—¡Adiós, Juanito! De ésta me paga mi hermana lo que me ha hecho sufrir en este mundo. *(Mira por la ventana.)* No está; pero detrás de los visillos se siluetea una figura. Me parece el asistente. Voy a congraciarme con él. Quien quiere a la col, quiere a las hojas limítrofes... *(Abre y llama.)* ¡Marcelino!

ASISTENTE.—*(Abre y se asoma.)* ¿Es a mí?

MARTIRIO.—¿Fumas?

ASISTENTE.—Cuando me dan, zí, zeñora.

MARTIRIO.—*(Tirándosela.)* Pues toma... media peseta. Es falsa; pero, si la pasas, cómprate una cajetilla. *(Cierra. El asistente se retira.)*

ESCENA IV

MARTIRIO y MANUELA, que sale con un mantelillo y un modesto servicio de té.

MARTIRIO.—¿Qué vas a hacer?

MANUELA.—Pos a poner la mesa aquí. Ya sabes que tu hermana ha convidao a don David a tomar el té.

MARTIRIO.—*(Aparte.)* ¡Ya verá ella el té!...

MANUELA.—*(Poniendo la mesa.)* Como ese señor le ha hablao de un sobrinito suyo pa que le dé clase...

MARTIRIO.—*(Aparte.)* Sí, sí; no está mala clase.

MANUELA.—Y tú no olvides que ese señor viene por ti, y acicálate y ponte guapa, no sea que ese señor se vaya a animar demasiao con tu hermana...

MARTIRIO.—Descuida, no le van a dar tiempo... *(Vase.)*

MANUELA.—Bueno; yo le tengo miedo a esta fiera. A ver si nos estropea la jugá. *(Llaman al timbre.)* ¡Ay!... Debe de ser él... ¡El comandante!... Ya está too: tazas, platos, tetera, bocadillos, galletas... M'alegro que venga antes... Así le empiezo yo a trastear. *(Sale a abrir.)*

ESCENA V

MANUELA y DON DAVID.

MANUELA.—*(Entra.)* Se está quitando el gabán. ¡Bueno; viene, que le hacen de molde, le sacan dos mil copias en cartón el día de San Isidro, y se hinchan los vendedores!... *(Alto.)* Pase, pase, don David.

DAVID.—*(Viene regio. Con chaqué, pantalón, calza botines, flor en el ojal, guantes amarillos, corbata clara, chaleco de fantasía y kilo y medio de cosmético.)* Me parece, amigable Manuela, que me he precipitado un poco, ¿no?

MANUELA.—No, no, señor. Pepita no está entavía; pero ya no tardará.

DAVID.—¿Ha salido?

MANUELA.—Sí, señor; a dar clase de francés a un inglés.

DAVID.—¿Francés a un inglés?

MANUELA.—Sí, señor; a un inglés, francés.

DAVID.—Pues yo iba a ir por tabaco para que transcurrieran unos minutos más; pero como está el tiempo lluvioso, dije: «A ver si me mojo y me desluzco.»

MANUELA.—Y que hubiá sío una lástima, viene usted hecho un paquete.

DAVID.—*(Sonriendo satisfecho.)* Nada; un poco de buen gusto. Desde joven me he distinguido por el modo de vestir.

MANUELA.—Ya se le conoce.

DAVID.—En el regimiento, como tengo, así, este carácter un poco áspero, me llaman en broma el comandante La Miel; pues en cuanto me ven de paisano dicen los oficiales que para buen gusto «La Miel».

MANUELA.—Al menos, ese chaleco es pa relamerse. Pero ¿no se sienta usted?

DAVID.—No, gracias. Si me encojo, me arrugo y pierdo. *(Señalando un cuadrito.)* Este retrato es suyo, ¿verdad? *(Lo mira, poniéndose los lentes.)*

MANUELA.—Sí, señor; vestida de baño.

DAVID.—Ya lo veo. ¡Qué líneas, qué formas, qué curvas!...

MANUELA.—¡Recién salida del mar!

DAVID.—Ya se le conoce. Está saladísima. Y estas cosas que lleva en la mano, ¿qué son?

MANUELA.—Unas calabazas.

DAVID.—*(Con terror.)* Guarda, Pablo. Pero es un verdadero ángel.

MANUELA.—*(Riéndose.)* En apariencia naa más, no

crea usté; que si viera usté que también tie su geniecito...

DAVID.—Vamos, calle usted. Si no hay más que mirarla para adivinar su bondad.

MANUELA.—Lo que pasa es que disimula muy bien sus defectos... más que su hermana. *(Al oír esto Don David cambia de expresión admirativa por un gesto desabrido.)* En cambio, ésa paece otra cosa y es un peazo e pan. Si la tratara usté a fondo...

DAVID.—*(Con mal gesto.)* Oiga usted, a propósito de la hermana: me va usted a hacer el favor de decirle a ese esperpento que cuando yo cante que no me acabe los cuplés, porque un día la tiro una cómoda.

MANUELA.—Pues la pobre lo hace pa congraciarse.

DAVID.—Pero ¿cree usted que hay nadie que se congracie ladrando?

MANUELA.—¡Pues si viera usted qué buena es!

DAVID.—Para una viña, buenísima. Una tarde la vi en el Retiro; había diez o doce señores de esos encargados de alimentar gorriones a mano; pasó ella, y en cinco días no volvieron a ver un pájaro. Se tuvieron que comer ellos el pan.

MANUELA.—Y qué, ¿viene usted a hablar a Pepita de su sobrinito?

DAVID.—Sí, un hijo de un primo mío que quiere prepararse para marino.

MANUELA.—¿Tiene condiciones?

DAVID.—Algunas; se baña los veranos, nada bastante bien y tiene un tío que se llama Churruca. *(Llaman. Retocándose, emocionado.)* Oye: ¿será ella?

MANUELA.—Ella debe de ser. ¡Dios quiera que venga de buenas, porque como se le haiga atravesao algo en la calle, con su genio...! *(Sale a abrir.)*

DAVID.—*(Nervioso, se saca el pico del pañuelo demasiado, se lo esconde del todo, repite el juego.)* ¡Pues ya estoy yo que no atino a nada!... ¡Tengo una emoción!...

ESCENA VI

DICHOS y PEPITA. A poco de marcharse Manuela, se oye un gran escándalo dentro. Fuertes voces de PEPITA, regañando; de MANUELA, disculpándose. Trastazos, gritos.

DAVID.—*(Alarmado.)* ¡Porra, qué escándalo!... Pero ¿qué pasará? *(Siguen crecientes los golpes, los denuestos y las imprecaciones.* Esto crece, canastos... ¿Qué les puede ocurrir para semejante alboroto?

MANUELA.—*(Sale llorando y como huyendo.)* Pero por Dios, Pepita, no te pongas así, ¡que ties un genio...!

PEPITA.—*(Hecha un energúmeno y dando golpes en todos los muebles con la sombrilla que trae.)* He dicho que no puedo consentir esto, y no lo consiento, ¡ea!...

MANUELA.—Pero si es que tú te ciegas y no reflexionas...

PEPITA.—¡Cómo voy a reflexionar, si todos los días me estáis haciendo lo mismo!...

MANUELA.—*(Llorosa y suplicante.)* ¡Pero cálmate, por Dios!...

PEPITA.—¡No me da la gana!... *(Da un sombrillazo y le salta el puño, y dice en tono natural y de lástima.)* ¡Ay, el puño! *(Volviendo a su ira fingida.)* Y a todo esto..., usted perdone, don David, pero vengo frenética... *(En el mismo tono de rabia.)* ¿Cómo está usted?... *(Dulcificando la voz.)* Digo..., ¡ay!..., ¿cómo está usted?

DAVID.—Muy bien, gracias.

PEPITA.—*(Iracunda.)* ¡Que es que tengo una ira!... *(Amenazadora.)*

DAVID.—Pero cálmese, Pepita, o al menos dígame qué le ha pasado.

PEPITA.—No, nada; esa peinadora, que no viene

ningún día a su tiempo, y tengo que irme sin peinar. Y esta bruja se lo tolera. ¡Maldita sea mi suerte!... ¡Quítate de mi vista! *(Se quita el sombrero con coraje, lo tira contra una silla, hace lo mismo con los guantes, y, al verlo todo en el suelo, por impulso instintivo e irremediable, lo vuelve a coger todo, lo limpia y lo pone en una silla.)*

MANUELA.—Pero ¿ve usté qué genio?

PEPITA.—A callar.

MANUELA.—Pero si es que...

DAVID.—*(Con fiereza.)* ¡A callar!

PEPITA.—Y, encima de todo esto, al venir y encontrar a la peinadora esperándome, la regaño y se me insolenta. Bueno; la he cogido así por el moño y la he zarandeado de un modo que no quiera usted saber... *(A Manuela, con fiereza.)* ¡Ese pelo que la he arrancado, tíralo a la basura!

DAVID.—¿Quiere usted que salga yo y la...?

PEPITA.—*(Conteniéndole.)* No..., si ya se va rodando escaleras abajo... De un empujón, cinco tramos de escalera; y no la tiré por el ojo porque es muy gorda y no cabe..., que si no... ¡Ah!...

MANUELA.—Por Dios, Pepita.

PEPITA.—*(Llorando.)* No me repliques.

DAVID.—No la replique usted.

MANUELA.—¡¡Ay, qué fieras!! *(Vase.)*

PEPITA.—Bueno, don David; lo único que lamento es que este espectáculo tan desagradable me ofrece a los ojos de usted como una fiera. ¿Qué pensará usted de mi carácter?

DAVID.—¿Qué voy a pensar? Pues que es usted un ángel.

PEPITA.—*(Con sorpresa y decaimiento.)* ¿Un ángel?

DAVID.—Sí; pero un ángel como deben ser los ángeles: enérgicos, autoritarios, contundentes, arrolladores... Que es como yo concibo a los ángeles desde el advenimiento del Directorio..., ¡no siendo de tarta!

PEPITA.—Bueno; también es que hay que decirlo todo. Vengo frenética de celebrar un juicio de faltas... ¿Por qué dirá usted?

DAVID.—¡Qué sé yo!

PEPITA.—Pues porque la semana pasada atravesé un día la Puerta del Sol; tenía mucha prisa, me detuvo un guardia de esos de porra, no quise pararme, me pitó en el oído para que le oyera..., y yo, indignada, le quité la porra y le di una de porrazos que ahí tengo el mango.

DAVID.—Pero ¿le pega usted a los guardias?

PEPITA.—Muy a menudo.

DAVID.—¡Oh, mi especialidad!... ¡Oh, Pepita, tiene usted para mí todos los atractivos! ¡Le pega a los guardias!

PEPITA.—*(Aparte.)* Ay, que no le desengaño a este hombre!... ¿Qué le diría yo? *(Alto.)* Y ya ve usted, el otro día, la cuestión con el guardia, no es que yo tuviera prisa por volver a casa, ni muchísimo menos.

DAVID.—¿No es usted casera?

PEPITA.—Me revienta la casa.

DAVID.—¡Como a mí!

PEPITA.—*(Con desconsuelo.)* ¿También?

DAVID.—La vida doméstica, para los gatos.

PEPITA.—Tiene usted razón. A mí me cargan esas mujeres de orden: la comidita a la hora, la casita limpia, los muebles en su sitio...

DAVID.—¡Oh, calle usted! ¡Qué vulgaridad y qué monotonía!

PEPITA.—A mí me seduce ese vivir bohemio y desordenado, lleno de sorpresas encantadoras... Que vaya usted a comer y no esté la comida...

DAVID.—¡Oh, deliciosísimo!... ¿Y cuando va usted a ponerse una camisa y no tiene botones? ¿Hay algo más sugestivo?

PEPITA.—*(Muerta de risa.)* Calle usted..., que anoche me pasé yo media hora buscando la cama y no la encontraba... ¡Lo que me reí!

DAVID.—¡Estupendo!... ¡Pepita, estupendo!

PEPITA.—Ahora, eso sí, que cuando la encuentro, como soy tan perezosa, no sé dejarla... Me levanto a la una y media... ¡Es mi hora!

DAVID.—La mía, dos menos cuarto.

PEPITA.—¿Qué repugnante es madrugar, verdad?

Se levanta uno a las ocho, y los traperos a las puertas de las casas removiendo los detritus, los barrenderos haciendo polvo...

DAVID.—¡Ciertísimo! En cambio, se levanta usted a las dos, y el sol ya calienta, las calles están limpias...

PEPITA.—Y sobre todo los ingleses ya se han cansado de esperar. Y eso de no pagar las cuentas, ¿le gusta a usted, don David?

DAVID.—¡Oh!... ¡Es mi delicia! ¡Tener trampas!... ¡Qué amable inquietud!

PEPITA.—¿Me pegará este inglés? ¿Me llevará al Juzgado?... Qué dudas más sugestivas, ¿verdad?

DAVID.—¡Y lo barato que sale!

PEPITA.—*(Aparte. Desconsolada.)* No le desengaño. *(Alto, a Don David.)* ¡Y es que yo tengo un cinismo para todo! Déme utsed un cigarro. *(Enciende la maquinilla del té y el cigarro.)* Anoche estuve hasta las cinco de la mañana con unos amiguitos y unas amiguitas en la Cuesta de las Codorni..., digo, de las Perdices. *(Aparte.)* De poco meto la pata en el ave.

DAVID.—¿Y se divirtieron ustedes mucho?

PEPITA.—Un horror. ¡Se armó un broncazo!... ¡Estropeamos mil pesetas de vajilla!

DAVID.—¡Canario! ¡Romperían ustedes la Cartuja!

PEPITA.—¡Poco menos! ¡Pero yo, como soy tan despreocupada!... *(Pone una pierna sobre otra y rectifica en seguida la postura. Aparte.)* ¡Ay!, ¿se me habrá visto la carrera de las medias?

DAVID.—¿Y tiene usted preferencia por alguno de sus amiguitos?

PEPITA.—¡No, por Dios! Ya ve usted: anoche fueron dos..., pues me gustan tres: los dos que fueron y uno que no pudo ir. ¡Ejem, ejem! *(Al fumar tose.)*

DAVID.—Pero ¿la molesta el tabaco?

PEPITA.—No; si tengo mucha costumbre, sino que se me ha metido el humo por aquí y no sabía por dónde marcharse. *(Ríe.)*

DAVID.—¿De modo, Pepita, que usted en cuestión de amor...?

PEPITA.—Yo, en cuestión de amor, no me saque usted del flirteo, del mariposeo. *(Ve a Juanito, que entra.)* ¿Qué es lo que veo? *(Se pone en pie, aterrada.)*

ESCENA VII

DICHOS y JUANITO. Ha aparecido en la puerta derecha descompuesto. Habla con voz temblorosa de ira durante toda la escena.

JUANITO.—Buenas tardes.

PEPITA.—¡Juanito!

JUANITO.—Yo, sí, yo. No me espepe... espeperabas, ¿verdad?

DAVID.—¿Quién es este joven?

PEPITA.—Un chico que me...

JUANITO.—Nada de chico. Un hombre que..., que..., que... quería convencerse por sus propios ojos de tu liviandad y de tu indignidad.

PEPITA.—¡Ay por Dios, Juanito!...

DAVID.—*(Furioso.)* ¿Qué está usted diciendo?

JUANITO.—De su dignidad, sí, señor. ¿Y era éste el motivo sentimental... *(Con amarga ironía.)* ¡Sentimental!... ¡So hipócrita, falsa!...

PEPITA.—*(Nerviosa, loca, desesperada, pasea, se para, se sienta, se levanta, chupa el cigarro, hace humo, se lo mete en la boca por el fuego, se quema, llora, etc.)* ¡Ay Juanito!...

JUANITO.—...por el cual no encontrabas hora propicia para casarte conmigo? Claro.

PEPITA.—¡Ay Juanito, yo te explicaré las...!

JUANITO.—*(Con furia creciente.)* No necesito que me expliques nada. Un cigarro en la mano, las piernas al aire y un viejo baboso a metro y medio.

DAVID.—¡Oiga usted, pollo...!

JUANITO.—¡Baboso, baboso, sí, señor: más que baboso!

PEPITA.—¡Baboso, no!

JUANITO.—¡Baboso, sí!

PEPITA.—Bueno; baboso, sí; pero...

DAVID.—¡Baboso, no!

PEPITA.—Bueno; baboso, no; pero...

JUANITO.—Y después de esto, ¿qué quieres explicarme?

PEPITA.—¡Ay, no me juzgues hasta que yo...!

JUANITO.—Pepita, eres mucho más que despreciable.

DAVID.—*(Dándole un empujón.)* Basta, so mequetrefe. Si la vuelve usted a insultar, le arranco la lengua.

PEPITA.—*(Interponiéndose.)* ¡Ay, no, por Dios; no le arranque usted nada!

JUANITO.—¿La lengua a mí?... Atrévase usted y lo desarrugo.

DAVID.—No tendrá usted corazón para sostener todo eso en el terreno.

PEPITA.—¡Ay por Dios! ¡Batirse, no! ¡Eso, no!

JUANITO.—Yo no me bato con las momias. Y antes de irme, una palabra: esa... señorita..., ¡señorita!..., ha sido novia mía hasta hoy.

PEPITA.—*(Implorando.)* ¡Juanito!...

JUANITO.—Hasta hoy. Hoy ya es para mí menos que... No quiero manchar mis labios con el insulto.

PEPITA.—¿Qué dices?

DAVID.—¡Canalla!...

JUANITO.—Recójala usted, porque dónde mejor puede ir lo que tan poco se ha estimado que a una espuerta vieja. Buen provecho. ¡Puaf! *(Gesto de asco. Vase por la derecha.)*

PEPITA.—*(Loca de dolor.)* ¡Juanito, no te vayas; óyeme!...

ESCENA VIII

PEPITA y DON DAVID.

DAVID.—Bueno; ¿a usted le gustan los alones de pollo?

PEPITA.—*(Enloquecida.)* ¡Ay, no, por Dios, que ese pollo me gusta entero!

DAVID.—Pues entero ya no lo vuelve usted a ver. ¡Lo juro!

PEPITA.—¡Ay, sí, por Dios!

DAVID.—¡No, por Dios! Insultarme cobardemente ante una mujer para que no pueda agredirlo. Pero ¿cómo no me había usted dicho que le gustaba un... hombre?

PEPITA.—*(Sollozante.)* Ya le había a usted dicho que me gustaban varios.

DAVID.—Varios, sí; pero no uno... Uno que acaba de afirmar que tenía relaciones con usted, y si eso es cierto, mi situación aquí, Pepita...

PEPITA.—No, por Dios; ¿qué va usted a suponer, don David?

DAVID.—No quiero suponer nada, pero me precisan ciertas explicaciones.

PEPITA.—Las que usted quiera.

DAVID.—De modo que tranquilícese; vamos a tomar el té y hablaremos.

PEPITA.—Como usted guste, sí, señor. Yo le serviré. *(Aparte.)* ¡Tengo un temblor!

DAVID.—*(Coge la taza.)* Muchas gracias.

PEPITA.—*(Coge las tenacillas del azúcar y no acierta a sacar los terrones.)* ¿Cuántos te, te...; cuántos te, te..., terrones?

DAVID.—Soy muy goloso.

PEPITA.—Entonces, medio...

DAVID.—He dicho que soy muy goloso.

PEPITA.—Pues por eso le digo que medio azucarero si le parece a usted; y si quiere usted más,

más... *(Le echa terrones sin parar.)* Por azúcar no lo deje usted, porque yo...

DAVID.—Basta, basta. El té me gusta solo.

PEPITA.—Pues solo..., ahí va solo. *(Echa el té en el suelo.)*

DAVID.—Pero, por Dios, hija, que está usted echando el té fuera de la taza.

PEPITA.—Si es que no doy con ella; el temblor me... ¿Dice usted que solo?

DAVID.—*(Limpiándose el pantalón.)* Pero sólo en la taza, porque me está usted poniendo perdido.

PEPITA.—Usted perdone, pero hágase cargo que me he sobresaltado un poco por..., y, naturalmente, la espita me... Que me he sobresaltado.

DAVID.—Me lo explico y no quiero pensar, Pepita, que todo esto que ha hecho usted conmigo haya sido una burla cruel.

PEPITA.—No, por Dios, don David. ¡Cómo iba yo a permitirme con una persona tan respetable...!

DAVID.—Porque usted será todo lo desenvuelta que le dé la gana, pero oígalo usted bien, Pepita, a mí tomaduras de pelo, no, ¡porra!... Eso sí que no.

PEPITA.—¡Ay don David, por Dios, no se enfade usted, que soy incapaz de...!

DAVID.—Déme usted un bocadillo.

PEPITA.—*(Presurosa.)* ¿Dónde..., digo cuántos?...

DAVID.—Uno. Aunque no me dé usted bocadillos, porque el que está que muerde soy yo.

PEPITA.—*(Aparte.)* ¡Ay, que me muerde! *(Va a beber el té y se le cae.)*

DAVID.—¿Insultarme ese mequetrefe?... Bueno; esta noche le mando los padrinos, y mañana a estas horas... ¡Plum!...

PEPITA.—¡Ay, no!

DAVID.—¡Que me dé usted un poco de... «plumkey»!

PEPITA.—¡Ay, key, sí, señor; todo el key que usted quiera. *(No acierta a cortarlo.)* Pero matarlo, ¡no!, ¡matarlo, no, don David!

DAVID.—Entonces, si tanto le interesa a usted su vida, seamos claros, Pepita: ¿usted ama a ese muchacho?

PEPITA.—Con toda mi alma, sí, señor.

DAVID.—Entonces, si le ama usted a él, conociendo mi inclinación hacia usted, ¿a qué me ha traído usted aquí? ¿A tomarme el pelo?

PEPITA.—Sí, señor; digo no, señor.

DAVID.—¿En qué quedamos?

PEPITA.—No, señor; pero compadézcame usted, don David. Y si me tiene usted algún afecto, óigame con un poco de calma. Mi vida es una tragedia oscura, silenciosa. Mi hermana y yo estamos solas en el mundo. Con esfuerzos titánicos vengo luchando para defenderla a ella y defenderme yo, no sólo de la miseria, sino de las indignidades y de las asechanzas del mundo. Mi hermana, ya en edad madura, con una juventud frustrada, sin belleza, sin ilusiones, sin otro cariño que el mío..., no quiere a nadie, ni nadie la quiere más que yo. Mi novio, solo también en la vida, bueno, pero violento de carácter, ansiaba constituir conmigo un hogar feliz, que el genio de mi hermana hubiese convertido en un infierno. Yo no puedo abandonarla a ella. Yo no quería abandonar a mi novio. ¿Qué hacer? Y en esta lucha, por una solución, mis ojos se volvieron a usted.

DAVID.—*(Se levanta aterrado.)* ¡Porra! ¿A mí?

PEPITA.—Sí; quiero confesarle a usted toda la verdad.

DAVID.—Porra, que me parece que adivino.

PEPITA.—Toda la vergonzosa verdad, siquiera como expiación por haber intentado complicarle a usted en el drama de mi vida. En esta lucha, don David, alguna persona de mi intimidad me aconsejó..., buena intención, pero mal consejo, que a ver si podíamos casar a mi hermana con...

DAVID.—¡Porra, mil porras!

PEPITA.—Y perdóneme, don David, pero yo... ¡me acordé de usted!

DAVID.—¡Reporra! Pues tantísimas gracias.

PEPITA.—*(Se arrodilla.)* ¡Perdón, don David!

DAVID.—¿Y tiene usted la frescura...?

PEPITA.—Cuanto usted me diga es justo, y no le digo que me maltrate porque en un caballero no

puede darse ese caso, pero dígame lo que quiera. *(Humillada y llorando.)* Lo merezco todo, ¡todo!

DAVID.—*(Pasea airado.)* Pues hombre, hay que ver el regalito que me empaquetaban... Con las ilusiones que yo tenía por usted... Quizá extemporáneas a mi edad, no lo niego; pero... *(Enternecido.)* Yo la quería a usted con una alegría y con una ternura... ¡Vaya una burla cruel!

PEPITA.—Burla, no.

DAVID.—Burla, sí...

PEPITA.—Bueno, sí; pero no..., porque...

DAVID.—Por supuesto, que me está muy bien empleado. Aunque no, ¡qué canastos!, porque al corazón de un hombre, joven o viejo, se le debe desengañar, no burlar.

PEPITA.—Por eso le pido perdón llorando amargamente, don David... No me crea una mujer indigna; perdóneme, olvídelo todo... y váyase sin rencor.

DAVID.—*(Vacila, titubea.)* Es que no; así, no; así ya no puedo irme, ¡qué porra!

PEPITA.—¡Ay por Dios, váyase!

DAVID.—¡Que no me voy, ea!

PEPITA.—Yo le suplico... *(Llorando.)*

DAVID.—Y no llore usted más..., ¡canastos!

PEPITA.—Es que...

DAVID.—¡Que no llore he dicho!

PEPITA.—*(Dejando de llorar instantáneamente.)* Bueno.

DAVID.—Y oiga lo que voy a decirla.

PEPITA.—Sí, señor.

DAVID.—No se me ponga de espaldas.

PEPITA.—Es que la vergüenza...

DAVID.—De frente... Martirio creo que se llama ese esperpento que tiene usted por hermana, ¿no?

PEPITA.—Para servir a usted.

DAVID.—A mí, ¿para qué me va a servir eso?... Pero bueno... La perdono a usted..., porque esto que ha hecho usted conmigo es muy cruel, pero más cruel era lo mío, porque yo no sé por qué canastos de necedad se me había metido a mí en este pepino con raya que una mujer tan bonita como usted,

¡tan bonita y tan buena!, me pudiera querer a mí. ¡Porra, qué idiotas y qué malvados somos los hombres!... Figurarme yo, un viejo decrépito...

PEPITA.—Decrépito, no...

DAVID.—De la quinta de Weyler nada más. Un viejo hepático, asmático y ridículo...; creerme yo... Vamos, no me doy un puñetazo y me arranco esta corbata y esta flor..., porque... ¿Y para esto me he dado yo el cosmético que me he dado, que no me podía despegar el flexible cuando entré... *(De dos papirotazos se quita dos lágrimas.)* En fin..., y esto no son lágrimas de sentimiento, es que... Bueno...; venga usted aquí...

PEPITA.—¿Para qué?

DAVID.—Déme usted un abrazo.

PEPITA.—Pero... *(Con alegría.)*

DAVID.—Más inocente que el de un padre, ¡porra! *(Se abrazan.)*

PEPITA.—Pero esto...

DAVID.—Que sí, señora... Que me decido, ¡qué narices!

PEPITA.—*(Perpleja.)* Pero ¿a qué?

DAVID.—Que sí, señora, ¡ea!, que me sacrifico por ti.

PEPITA.—¿Cómo?

DAVID.—¿No me ibas a engañar?... Pues figúrate que sí, que me has engañado, y sigamos la farsa...

PEPITA.—Pero ¿qué intenta usted?

DAVID.—Lo que tú intentabas. Haré como si me hubiese enamorado de tu hermana, ¡qué demonio!

PEPITA.—No, por Dios.

DAVID.—Sí, señora, que lo hago, porque me da la gana..., para que tú seas feliz con..., con tu novio, ¡porra!..., y alguna vez que otra te acuerdes con cariño de este pobre viejo, que... *(La emoción le corta la voz.)*

PEPITA.—¡Don David! *(Le abraza.)*

DAVID.—Y, para que veas, hasta me..., déjame tomar aliento, ¡canastos!... ¡Hasta puede que me case con ella!

PEPITA.—No, eso sí que no.

DAVID.—Que he dicho que sí... y yo no retro-

cedo. Después de todo, tengo el hígado hecho polvo... Viviré a lo sumo un par de años..., con que, ¡qué más da!... Pero te la quito de encima, y si se me subleva, la mato de una paliza y que nos entierren juntos.

PEPITA.—¡Ay, no, don David, ese sacrificio por mí es demasiado!

DAVID.—Pepita, déjame que te quiera de algún modo; no me niegues ese consuelo, ¡canastos! No puedo como hombre, pues como cuñado; algo es algo. *(Resuelto.)* Llama a ese costal agresivo.

PEPITA.—No, yo no debo...

DAVID.—Que la llames he dicho.

ESCENA X

DICHOS, MANUELA y MARTIRIO; luego, el ASISTENTE.

MANUELA.—*(Saliendo, muy efusiva.)* ¡Gracias, gracias, don David!... *(Intenta besarle la mano.)* ¡Es usté un santo!

DAVID.—*(A punto de darle un puñetazo.)* Ha sido usted la del consejito, ¿verdad?

MANUELA.—*(Asustada.)* No..., yo, sabe usté...

DAVID.—*(Afectuosamente amenazador.)* Quítese usted de delante si no quiere... Y llamen ustedes a ese coco...

MANUELA.—*(Llamando.)* Martirio, Martirio...

MARTIRIO.—*(Dentro.)* ¡No me da la gana!...

PEPITA.—Mujer, por Dios... Haz el favor de salir.

MARTIRIO.—¡Que no quiero he dicho!

MANUELA.—¿Ve usted qué fiera?

DAVID.—Si tuviera un perro entraba a cazarla. *(Alto.)* Vamos, salga y no moleste, joven..., y perdone usted el mote.

MARTIRIO.—*(Sale vestida como para irse a la calle, muy cursi, con un sombrerete de casco que es una birria. Lleva un lío de ropa y dos sombrillas en las fundas, una de ellas encarnada.)* Porque usted me llama salgo, que si no...

PEPITA.—Pero ¿adónde vas?

MARTIRIO.—He cogido mi ropa porque quiero irme para siempre de esta casa, donde tantos vejámenes se cometen conmigo, donde tantos...

DAVID.—¡Mírala! Parece que va a una capea con el lío y los estoques... Vamos, polilla, vamos...

MARTIRIO.—Es que usted no sabe, don David, lo que me hacen sufrir.

DAVID.—Bueno; tire todo eso... *(Le tira el lío de un manotazo.)*

MARTIRIO.—*(Asustada.)* ¡Ay por Dios!

DAVID.—Quítese ese tapón. *(Le quita el sombrero bruscamente y lo tira.)*

MARTIRIO.—Pero ¡don David!...

DAVID.—Pocas músicas y óigame atenta. Quédese aquí y moleste lo menos posible, porque usted y yo... vamos a querernos a partir de esta fecha.

MARTIRIO.—*(A punto de desmayarse.)* ¡Ay! Pero ¿qué dice usted?

DAVID.—Pocos dengues. Yo soy hombre llano y liso. Vamos a querernos.

MARTIRIO.—Pero ¿así, de pronto?

DAVID.—De pronto. ¿Tú crees que el que se va a tirar al mar si no se tira de pronto, se tira?

MARTIRIO.—¡Ay, qué humorismo!

DAVID.—Estas cosas, como los rayos.

MARTIRIO.—Pero, ¡por Dios!, yo tengo que pensarlo.

DAVID.—Dalo por pensado..., ¡qué narices! Yo soy brusco y rápido.

MARTIRIO.—Pero...

DAVID.—Le he dicho a tu hermana que el mes que viene quiero casarme contigo.

MARTIRIO.—¡Ay, pero esto es un escopetazo!

DAVID.—¡Es peor!... Pero ¡hay que fastidiarse, qué demonio!

MANUELA.—*(A Martirio.)* ¿Ves lo que yo te decía, tonta?

MARTIRIO.—¿Y durará esto mucho?

DAVID.—Si llego a traer la pistola, tres segundos.

MARTIRIO.—Pero ¡qué bromista es este comandante!

DAVID.—Y óyeme bien... Hasta que llegue el día que corras de mi cuenta, que sí que correrás..., vas a respetar a esa mujer y a adorar a tu hermana.

MARTIRIO.—¡Y a ti!

DAVID.—A mí, no; ¡porra!... ¡Conmigo poquitas bromas! *(A Pepita.)* Y ahora a traerte al otro imbécil.

PEPITA.—¡Ay don David de mi alma!

DAVID.—Yo soy así; y ya puesto, si hay ratones y el gato no quiere molestarse, ya se los cogeré yo, ¡qué demonio!

MARTIRIO.—Pero ¡oye, David!... ¿Es verdad que me quieres?

DAVID.—¿Que si es verdad? *(Se asoma a la ventana.)* Marcelino... Acércame esa estaca de nudos que tengo en el perchero.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA

MARTIRIO, sola.

MARTIRIO.—*(Arreglándose ante el espejo y pintándose cejas y labios. Viste con más pulcritud, y su aspecto ha ganado, aunque algunos detalles resulten un poco ridículos por la exageración.)* ¡Ay!... Ayer me juró por la salud de sus mayores..., claro que ya se le deben haber muerto todos; pero, en fin, me juró por la salud de sus mayores, que cada día le gustó más... ¡Verdad es que me arreglo con un arte que parezco recién salida de un Instituto de «Beauté». La melena me favorece mucho... ¡y cuando la sacudo, se me queda tan leonina!... Ayer me hicieron la permanente; ya no se me conoce, pero es la permanente; y me dejo unos labios que son totalmente medias cerezas... Cómo me quedará de chiquita la boca, que como esta gente del pueblo de Madrid es tan graciosa, al pasar ayer por una obra, va un albañil y me dice: «Adiós, morena; tié usté una boquita que se va usté a tener que comer los fideos a uno de fondo.» ¡Ay, a uno de fondo! Me hizo una gracia... Vamos...

ESCENA II

DICHA y MARCELINO, por la ventana de enfrente.

MARCELINO.—*(Asomándose.)* Zeñorita Martirio...

MARTIRIO.—*(Muy complacida.)* Hola, Marcelino...

MARCELINO.—M'habían dicho que m'había oté yamao antes. ¿Era para argo?

MARTIRIO.—Sí, mira; para, haz el favor, que te voy a dar unas cosillas para tu amo.

MARCELINO.—Ayá voy.

MARTIRIO.—¡Ay, si se le olvidara eso de don Quintín es más buen chico!... Voy a abrirte. *(Sale a abrir y vuelve.)* Pasa, pasa, Marcelino, pasa.

MARCELINO.—Felices, señorita.

MARTIRIO.—Qué, ¿y tu amo?

MARCELINO.—Pue tan terne y tan luztrozo s'ha dío hace un momento.

MARCELINO.—Desde que tiene relaciones conmigo ha mejorado, ¿verdad?

MARCELINO.—Ez otro. Ha ganao en too, ¡hazta en gramos!

MARTIRIO.—¿Qué es eso?

MARCELINO.—Que tié la costumbre de pesarse toas las semanas en la pezaora bascular d'aí abajo y la semana pasá pesó sincuenta y tre kilo, güeno, pus ayer cincuenta y tre seisiento cuarenta y sinco gramo.

MARTIRIO.—¡Ay, qué gusto! ¿Y tú le quieres mucho, Marcelino?

MARCELINO.—Má que a mi novia.

MARTIRIO.—¿Es bueno para ti?

MARCELINO.—Un zanto. Pero de los güenos.

MARTIRIO.—¿Entonces, eso que te hace de cogerte por el pescuezo para tirarte al patio, no te alarma?

MARCELINO.—No, zeñora; ezo lo hace porque como é militar, pos si no tiene mar genio desmerese, pero ese barullo e a la vista del público naa más.

En cuantito que sierra la ventana, San Roque es un «burdoc» comparao con él.

MARTIRIO.—¿Tan bueno es?

MARCELINO.—Como que er día que me da un tantarantán, ya ze zabe, me regala una corbata u unos carsetines u me da una peseta.

MARTIRIO.—¡Ay, entonces estarás deseando que te tantarantee!

MARCELINO.—Como que en cuantito que echan una película que me gusta, le dejo las bota susia.

MARTIRIO.—¿Por qué?

MARCELINO.—Pue porque zé que me da un pescozón, pero por la noche voy ar sine.

MARTIRIO.—Bueno; pues esas picardías no se las vuelves tú a hacer, ¿eh?

MARCELINO.—No, si él ya zabe que no zon picardías, él las llama «trucos».

MARTIRIO.—Bueno; pues ya no le truquees más. ¿Y a mí me quiere, Marcelino?

MARCELINO.—Yo estoy en que sí..., ahora que como es militar..., ze contiene. Pero dó noche que ya le he oído desi al acostarze: «¡Ay qué Martirio!» Verdá e que le dolía el estómago.

MARTIRIO.—No, pero era por mí...; si hubiese sido por el estómago hubiese dicho: «¡Ay, qué porra!», o algo similar. ¿No comprendes?

MARCELINO.—E posible.

MARTIRIO.—Conque toma todo esto. Esta cajita es la medicina, los sellos... Ya sabes que le prueban muy bien.

MARCELINO.—Magnificamente.

MARTIRIO.—Le pones un sello en cada comida. Aquí, los emboquillados. Ciento veintiocho. Cuidadito que van contados, ¿eh?

MARCELINO.—Descuide la zeñorita. Ciento veinte...

MARTIRIO.—Y ocho.

MARCELINO.—Y ocho. *(Aparte.)* ¡Que me fumo yo!

MARTIRIO.—Y dale también este chaleco de punto de «tricó» que le acabé anoche. *(Se lo da.)*

MARCELINO.—¡Camará qué largo!

MARTIRIO.—Dile que se lo ponga y en seguida que

vaya que venga, ¿oyes?..., que quiero ver cómo le está.

MARCELINO.—Descuide la señorita.

MARTIRIO.—Dale recuerdos y que en seguida que vaya, que venga, ¿eh?... *(Vase Marcelino.)* ¡Ay, qué suerte he tenido...! ¡Qué bueno es! ¡Quién me lo iba a decir! Bien dicen que la suerte de la fea... ¡Fea! Cuando me veo fea, me da gana de llorar... ¡Quisiera ser un sol para él! Y es que yo no sé qué hace el cariño que todo lo cambia. ¡Con lo que yo he sido!; pues ahora me paso el día tan contenta. Hablo sola, canto, me río, y algunas veces de tanta felicidad acabo por llorar... *(Llora riendo nerviosamente.)*

ESCENA III

MARTIRIO y MANUELA.

MANUELA.—*(Sale por la segunda izquierda. Viene llorando, muy apurada.)* ¡Bueno; aquí siempre hemos de tener una danza!... Ahora es a tu hermanita a la que se le ha puesto un genio que no hay quien l'aguante...

MARTIRIO.—Pues ¿qué te ha pasado?

MANUELA.—Náa, que m'ha dicho que encendiera la lumbre, y porque me s'an acabao las teas me quería hacer astillas a mí..., ¡figúrate!

MARTIRIO.—¡Claro, la pobre está tan contrariada!

MANUELA.—¡Y qué culpa tie nadie! Y ahora s'ha empeñao en no ir a dar denguna clase. Dice que si nos morimos de hambre, que nos muramos.

MARTIRIO.—¡Oye, pues eso no; anímala, por Dios!

MANUELA.—Sí, de bastante sirve, y si no fuera por el sobrinito de don David, que le da veinticinco duros por la clase, no sé qué sería de nosotras.

MARTIRIO.—¡La culpa de todo lo que la pasa a la pobre la tiene ese Juanito de mis pecados!...

MANUELA.—¡Y tanto!... Pero ¡has visto el matasanos ése, no querer volver!

MARTIRIO.—¡Y el muy sinvergüenza hasta ha cometido la grosería de pasar por delante de casa con una!

MANUELA.—No, eso es lo de menos, porque es lo que yo he dicho a Pepita: cuando un hombre pasa con una porque quie que lo veas con una, menos mal; lo peor es cuando ellos no quieren que los veas con una y los ves.

MARTIRIO.—Es posible.

MANUELA.—Ahora, que con éstas y las otras, como Pepita tie un querer callao... A ver si hace un disparate u sabe Dios qué...

MARTIRIO.—¡Ay por Dios, no me digas eso!... ¡Con lo que David y yo la queremos!

MANUELA.—¡Quién nos iba a decir que tú ibas a ser el ángel de la casa y ella la fiera!

MARTIRIO.—*(Severamente.)* Mira, Manuela: de mi hermana no hables mal, ¿oyes?

MANUELA.—¡Yo qué voy a hablar mal, si la quiero más que tú!... Ahora, que a una la falta paciencia..., porque dende que estoy con vosotras no os pasa una cosa mala que no me salga a mí una roncha... *(Se frota el brazo dolorido.)*

ESCENA IV

DICHAS y PEPITA.

PEPITA.—*(Sale por la primera izquierda, nerviosa, malhumorada, áspera. Se dirige a Manuela en tono agresivo.)* ¿Y tú qué haces aquí, si puede saberse?

MANUELA.—¡Ay hija, pos estaba hablando un momento con ésta! No creo que sea dengún mal.

PEPITA.—Más valía que estuvieras en la cocina, que es tu obligación.

MANUELA.—*(A Martirio.)* Pero ¿estás viendo?...

PEPITA.—La que no está viendo por lo visto eres tú, porque si no la hubieses aconsejado a ésta que se mirase al espejo...

MARTIRIO.—¿Yo al espejo?

PEPITA.—*(Cada vez más seca.)* Tú, al espejo.

MARTIRIO.—*(Como asustada.)* ¡Ay hija!

PEPITA.—¡No hay hija que valga!... ¡Que esto parece increíble!... ¿Tú te has visto?

MARTIRIO.—¡Ay!, pero ¿qué me pasa?

PEPITA.—Pues que vas más pintada que un coche.

MARTIRIO.—¿Yo pintada?

PEPITA.—Como que te has dejado una cara que la pones un marco y es un paisaje gallego.

MARTIRIO.—Pero ¿qué estás diciendo...?

PEPITA.—¡Sí, señora!, que te has pintado unos ojos que hay que volverte de espaldas para ver dónde acaban... ¡Parece mentira!... ¡A tus años!...

MARTIRIO.—¿Es que quieres llamarme vieja?

PEPITA.—Quiero llamarte... la atención hacia un comedimiento que nos interesa mucho para que no nos crean dos solteronas ridículas.

MARTIRIO.—Bueno; tú lo que quieres es pagar conmigo tu mal humor.

PEPITA.—No lo tengo ni mucho menos, a Dios gracias.

MARTIRIO.—Ya se conoce... *(Se envalentona.)* ¡Y abusas porque no está David, eso es!

PEPITA.—Tan sin cuidado me tiene a mí David como tú.

MARTIRIO.—A él le gusto frívola.

PEPITA.—Pues que te abanique.

MARTIRIO.—Pero ¿estás oyendo? *(Se dirige a Manuela.)* ¿Qué la he hecho yo ahora? *(Llora.)*

MANUELA.—Sabes que vas echando un geniecito...

PEPITA.—El que me conviene. No tengo que dar explicaciones a nadie. A la que le guste que lo tome y la que no que lo deje. No necesito decir lo que hace falta para no sufrir mis impertinencias.

MARTIRIO.—Mira, Pepita: dí lo que quieras; no me ofendes.

PEPITA.—Más vale así.

MARTIRIO.—Porque sé que todo lo que te pasa es porque no vuelve Juanito.

PEPITA.—Juanito me tiene tan sin cuidado como todos los demás.

MARTIRIO.—Eso quisieras.

PEPITA.—*(Comenzando a llorar, aunque procura disimularlo.)* Sin cuidado completamente.

MANUELA.—¿Sin cuidado?... ¡Y te estás sorbiendo las lágrimas!

PEPITA.—¡Son de rabia!

MANUELA.—¡De rabia tú!...

MARTIRIO.—*(Lloriqueando también.)* ¡Por Dios, Pepita, no llores!... ¡Déjalo, tonta!... Hazme caso. No volverá, y si no te vuelve te saldrá otro... ¡Con lo que tú vales!... Y, últimamente, si no encontraras a nadie vivirás con David y conmigo..., y nada te faltará. De algún modo te he de pagar yo lo que te he hecho sufrir y el bien que te debo. *(Pausa.)* ¿Me das un beso?

PEPITA.—Déjame ahora.

MARTIRIO.—¡Pobrecilla! *(Vase.)*

MANUELA.—*(Admirada de oír a Martirio.)* Bueno; eso s'ha hecho una santa... ¡Madre mía, lo que hace que la quieran a una!

PEPITA.—O creer que la quieran a una. ¡Pobre ilusa!... ¡Si ella supiera...!

MANUELA.—*(Con terror.)* Pero ¿es que tú te crees que don David no la quiere?

PEPITA.—Don David, bien lo sabes, se está sacrificando por mí; pero como Juanito no vuelve, ya es inútil su sacrificio y estoy decidida a hablarle hoy mismo. ¿Para qué voy a sacrificar a este señor por más tiempo?... Que empiece lentamente a desengañar a mi hermana.

MANUELA.—Oye, tú, Pepita, por Dios, que si a tu hermana le dice ese señor que no la quiere se muere de repente.

PEPITA.—También pensaba yo algún día que si Juanito me dejaba no podría vivir. Y ya ves, me ha dejado y aquí me tienes tan fresca.

MANUELA.—Aquí te tengo; pero tan fresca, no.

PEPITA.—Por culpa de Martirio ha sido todo. De

manera que quedémonos iguales. ¡Tendría gracia que yo hubiese sido tonta y ahora ella...!

MANUELA.—*(Asombrada dolorosamente de oirla.)* ¿Qué estás diciendo, Pepita?

PEPITA.—¡Que hice mal en sacrificarme!

MANUELA.—¡Qué ibas a hacer mal!... ¡No sabes lo que te dices!... Yo era la que te decía que no te sacrificases, y tú me dijiste que el que se sacrifica por un hermano cumple la ley de Dios. A mí me hicieron llorar esas palabras y tú, que eres tan buena, no pues habérlas olvidao. ¡Mía que matarías a esta chica! *(Pepita llora con la cabeza entre las manos.* ¡Vuelve en ti, hija mía! Serénate, cálmate... *(Pausa. Lloran en silencio las dos.)*

PEPITA.—*(Se levanta resuelta ya la crisis nerviosa.)* Sí, sí..., tienes razón, Manuela. ¡No sé lo que digo!... Las contrariedades perturban, el despecho trastorna... *(Con natural sencillez.)* Si este sacrificio no hubiese sido doloroso, no sería grande. Ya no lloro más. *(Sonríe alegre.)* Se acabaron las lágrimas. Dame mis libros, dame mi abrigo... Me voy a mis clases.

MANUELA.—¡Así quiero verte, hija mía!

PEPITA.—He pensado acabar la carrera de maestra. Estudiaré y tendré esperanza. Así iré viviendo, y si está de Dios, un día vendrá el bien y volverá el amor.

MARTIRIO.—¡No ha de volver!

PEPITA.—*(Con amargura.)* No tengo más que una pena...: que se fuera de mi lado creyéndome una mala mujer.

MANUELA.—No hagas caso, no te preocupes. Tú acuérdate de la copla que cantan en Aragón:

Porque soy del Arrabal
me llaman la rabalera.
En siendo de Zaragoza,
que me llamen lo que quieran.

Pues igual pues tú decir. Que aunque has parecido mala, por eso no pases pena, y siendo honrá como eres, que te llamen lo que quieran... Oye, y

que m'ha salío en verso y too... Güeno, y es que aquí l'hacéis a una inventar hasta cuplés... *(Suena el timbre.)*

PEPITA.—Ve a ver quién es.

MANUELA.—Debe ser don David. *(Sale y vuelve a entrar.)* Oye, pues no... ¡El casero!... ¡Es don Crescencio!

PEPITA.—¡Jesús, qué horror...!

MANUELA.—¡Ahí está! *(Queda en segundo término.)*

ESCENA V

DICHAS y DON CRESCENCIO, por la derecha.

CRESCENCIO.—Perdón, Pepita.

PEPITA.—¡Don Crescencio!...

CRESCENCIO.—No he cerrado ni la puerta; es un minutito, no quiero molestarla... Unas palabritas.

PEPITA.—Diga usted, diga usted...

CRESCENCIO.—Pues nada, Pepita; que me he permitido traerla un palquito para el Monumental Cinema, y una modesta cajita de bombones.

PEPITA.—Don Crescencio; le he dicho a usted repetidas veces que me es imposible aceptar...

CRESCENCIO.—Pero ¡no sea usted así!... ¿Qué mal hay en esto?... Mi única intención, es que hablemos de lo de mudarse o no del pisito, mi hijo me apremia..., y como he de resolver, por eso desearía una breve entrevista que...

PEPITA.—Don Crescencio; suplico a usted que no me ofenda con la insistencia... Por muy grave que sea el perjuicio con que usted me amenaza...

CRESCENCIO.—No; por Dios, hijita...

PEPITA.—...no puede variar mi decisión. Y suplico a usted, si me estima, que tenga la bondad de favorecerme con un poco de respeto y de...

ESCENA VI

DICHOS y DON DAVID, por la derecha.

DAVID.—*(Entrando, a Don Crescencio.)* Beso a usted su mano.

CRESCENCIO.—*(Muy contrariado.)* ¡Don David!... *(Sonriendo y dulcificando su expresión.)* Usted por aquí...

DAVID.—Estaba la puerta abierta y me he permitido entrar; escuché unas palabras... y era lamentable que en esta casa no hubiese un hombre que saliera a agradecer los obsequios que se vienen a ofrecer a las señoras; pero ya lo hay, como va a tener el gusto de ver.

PEPITA.—Don David...

DAVID.—*(A Pepita.)* Haz el favor de dejarnos un momento... Lo mismo te digo, Manuela. *(Vanse primera izquierda las dos.)* ¿Quiere usted sentarse?

CRESCENCIO.—Muchísimas gracias... Tengo prisa; ando tan atareadito...

DAVID.—Pues nada, que he oído que le ofrecía usted a mi futura hermana política (porque esa señorita va a ser mi hermana política) un palco para el Monumental Cinema, y ella no puede ir, como usted ha oído, pero yo sí, y le acepto con mucho gusto.

CRESCENCIO.—*(Escamado.)* Don David. Yo...

DAVID.—Nada, nada; hacen una cinta de Norma Talmage, que me gusta mucho y yo no la pierdo. Conque venga ese palco. *(Se lo quita de la mano.)* Y vengan los bombones... *(Le coge la caja.)* Muchísimas gracias. ¡Con lo que le gustan a mi asistente!...

CRESCENCIO.—*(Irónicamente.)* Pues nada, yo me alegraré mucho que ustedes se distraigan...

DAVID.—Tantísimas gracias..., y si usted quiere repetir pasado mañana, mándenos otro palco para

Royalty, que estrenan una cosa que se titula «Caído en la trampa», interpretada por Pola Negri.

CRESCENCIO.—¿Dice usted que Negri?

DAVID.—¡Completamente Negri!

CRESCENCIO.—Pues nada, tanto gusto y ya les mandaré ese otro palquito... antes que se muden; porque ya le he dicho a Pepita con un profundo dolor (porque yo las quiero a las dos hermanitas como cosa mía) que han de dejarme libre el cuartito para el mes que viene..., un hijo mío lo desea... y los allegados... Conque, tanto gusto... *(Indica el mutis.)*

DAVID.—*(Le detiene.)* Una palabrita, mi querido don Crescencio.

CRESCENCIO.—Usted dirá.

DAVID.—*(Sonriendo.)* Que estas señoritas no se mudan.

CRESCENCIO.—*(Sonriendo)* ¿No?

DAVID.—No, señor; ni el mes que viene, ni el añito que viene.

CRESCENCIO.—*(Sigue sonriendo.)* Caramba, ¿y eso?

DAVID.—No se mudan de aquí hasta que las convenga.

CRESCENCIO.—Usted olvida, sin duda, que yo, como propietario de la casa, y amparado en la ley de inquilinato, que preceptúa que, cuando el dueño de la finca necesite un cuarto para un allegado...

DAVID.—Admirable; sí, señor... Si usted no hubiese puesto a esta señorita en el trance indecoroso...

CRESCENCIO.—¡Don David!...

DAVID.—¡Indecoroso! Las cosas claras, ¡qué porra!... De aceptar un palco o mudarse, yo nada tendría que decir. De usted es la casa, usted manda en ella y hay que jorobarse; pero como esa conminación es una venganza indigna...

CRESCENCIO.—¡Por Dios!...

DAVID.—Indigna, repito; si usted obliga por la fuerza de una ley escrita a estas señoritas a que se muden, el día que saquen el último mueble yo le doy a usted la paliza más monumental que se le ha administrado a un cristiano.

CRESCENCIO.—*(Aterrado.)* ¿Eh?...

DAVID.—En virtud de otra ley que no se ha escrito, pero que está en la conciencia de todos los hombres honrados.

CRESCENCIO.—*(Aterrado.)* ¡Por Dios, don David, no se ponga usted así!... Está usted obcecado... Hay que ser lógico, lógico... A mí de lo único que se me puede acusar es de un pecadillo, llamémosle así, si usted quiere, de mera galantería. Yo veo a una señorita, la ofrezco una localidad y ella acepta o no... Todo lógico, lógico... ¿Qué tiene que ver eso con el uso de propiedad de una casa?...

DAVID.—Sí; pero es que yo observo la malicia, advierto la indignidad y suministro lo correlativo... ¡Lógico, lógico!

CRESCENCIO.—¡Por Dios, cómo va a ser lógico lo que acaba en el Código penal!

DAVID.—Es que usted usa la lógica para espantar bofetadas y yo para darlas...; todo lógico, sino que en diverso sentido; el de usted, repelente, y el mío, contundente.

CRESCENCIO.—Sí, sí, pero vamos... Bueno; pues con permiso... *(No ve la hora de echar a correr.)*

DAVID.—Le advierto a usted que yo me pongo a razonar y le hago un taco a Aristóteles...

CRESCENCIO.—Ya, ya... *(Sonriendo aterrado.)*

DAVID.—Conque recomiende a su niño que se mude a un titanic; él tendrá higiene, altura, ventilación, y usted narices... *(Le da la mano.)*

CRESCENCIO.—Beso la suya...; sí, señor, sí... ¡Un fallo a oros! *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VII

DON DAVID y PEPITA.

DAVID.—Bueno; lleva un susto como para que le suministren un bidón de antiespasmódico.

PEPITA.—*(Saliendo por la primera izquierda.)* Muchas gracias, don David, muchas gracias.

DAVID.—Yo creo que este sujeto, con la lección de hoy...

PEPITA.—Sí, puede que me respete un poco más; pero, por Dios, don David, no vuelva a comprometerse por mí, yo se lo agradezco mucho, pero no es necesario. Lo mejor será que nos mudemos.

DAVID.—¿Mudaros vosotras?

PEPITA.—Sí, don David; nuestros medios de sostenimiento son más escasos cada vez. Usted me ha mandado un sobrinito suyo para hacer decorosa una merced inaceptable.

DAVID.—¿Qué dices?

PEPITA.—La verdad. Nuestra vida, mientras yo acabo la carrera de maestra, tiene que entrar en cauces todavía más humildes. Juanito no vuelve. Ya lo ve usted. ¿Qué esperanza me queda?

DAVID.—¡Dichoso Juanito!... Es el trasto más incomprensible con que he tropezado en mi vida: agrio, duro, egoísta... ¡No haberlo podido traer a esta casa!

PEPITA.—Ni lo traerá usted nunca: lo conozco.

DAVID.—Te advierto que hoy le he escrito poniendo en juego un recurso, que si no viene, ¡porra!

PEPITA.—¿Qué ha hecho usted?

DAVID.—Es una cosa un poco violenta..., pero no te la digo, no sea que te asustes... En fin: si viene ya hablaremos.

PEPITA.—Creamos que no viene, porque conozco bien su tesón, y aprovechemos este instante, porque deseo hablar confidencialmente con usted de algo que me urge mucho.

DAVID.—Dime lo que quieras, chiquilla.

PEPITA.—Le he dicho a Manuela que entretenga un momento a Martirio, que ignora que está usted aquí.

DAVID.—Pues pídeme la vida si quieres...

PEPITA.—Gracias, don David; pero deseaba esta conversación más que para pedir para devolver.

DAVID.—¿Devolverme a mí?...

PEPITA.—¡Sí, señor! Devolver a usted su compromiso. Usted, don David, entró en relaciones con mi hermana por salvar mi vida.

DAVID.—Cierto. *(Baja la cabeza.)*

PEPITA.—Y puesto que su sacrificio ya es inútil, porque Juanito no vuelve, de un modo lento, paulatino, aléjese de mi hermana, antes que el desengaño produzca a Martirio un trastorno grave.

DAVID.—Sí, pero..., vamos...

PEPITA.—Fingir amor a una persona que no se ama debe de ser espantoso. *(Don David baja la cabeza, preocupado.)* Yo lo comprendo y le devuelvo su libertad.

DAVID.—*(Muy grave, sin levantar la cabeza.)* Ya es tarde.

PEPITA.—¿Cómo que es tarde? Puede usted fingir un viaje.

DAVID.—*(Todavía cabizbajo.)* Ya es tarde, Pepita.

PEPITA.—Pero ¿qué quiere usted decir?

DAVID.—Te vas a tumbar de risa, pero no quiero ocultarte la verdad por más tiempo.

PEPITA.—Pero ¿qué verdad?

DAVID.—Prepárate y escucha..., Pepita...

PEPITA.—¿Qué?

DAVID.—*(Como con rubor.)* Que estoy locamente enamorado de tu hermana Martirio.

PEPITA.—¿Qué?

DAVID.—En el quinto grado de la mochalēz.

PEPITA.—*(Sin saber si reirse o tomarlo en serio.)* Pero ¿es posible?

DAVID.—Empezó en un devaneo, siguió por una quimera...

PEPITA.—Pero ¿es verdad, don David?

DAVID.—Sí, Pepita, sí. El amor es un absurdo con carcaj. Empecé tratándola bruscamente, ya te acordarás. A los dos días nos arañamos; a los ocho, de cada empujón la fotogrababa en la pared... Pero un día, hijita (ese día melifluo que todos tenemos), la fuí a empujar, se me abrazó llorosa, me llamó Davidito..., y yo no sé por qué, quizá por corresponder al diminutivo, pasé del empujón al empujoncito, del azote violento al tableteo acariciador, y a los pocos días de lo que te narro, nuestras agarradas acababan en un abrazo apretado, apasionado y prolongado.

PEPITA.—Pues no lo había observado.

DAVID.—No; es que esa segunda etapa no es doméstica.

PEPITA.—¿Qué quiere usted decir?

DAVID.—Que pertenece al extrarradio.

PEPITA.—¿Cómo al extrarradio? No comprendo.

DAVID.—*(Baja la cabeza con rubor.)* Pues que nos íbamos a la Bombilla.

PEPITA.—*(Aterrada e indignada.)* Pero ¿Martirio ha ido con usted a la Bombilla?

DAVID.—*(Con más rubor.)* Ya te he dicho que estaba incandescente.

PEPITA.—*(Llamando a voces.)* Martirio..., Martirio...

MARTIRIO.—*(Saliendo.)* ¿Qué quieres?

PEPITA.—¿Es cierto lo que asegura don David?

MARTIRIO.—*(Con ingenuidad mimosa.)* No sé... *(Le mira a él y le sonríe.)* ¿Qué asegura?

PEPITA.—*(Severamente.)* Que has ido con él a la Bombilla.

MARTIRIO.—*(Bajando los ojos con rubor.)* Yo a la Bombilla...

DAVID.—Mira qué encendida se ha puesto... *(La sonríe.)*

MARTIRIO.—*(En recriminación cariñosa, dando pataditas en el suelo.)* ¿Por qué se lo has dicho?

DAVID.—No había más remedio.

MARTIRIO.—*(Ruborosa.)* ¡Qué vergüenza!

PEPITA.—¡Qué poca vergüenza!... ¿A ti te parece digno, ni decoroso, que tú...?

MARTIRIO.—*(Llorosa, a David.)* Dile que no me regañe.

DAVID.—Tranquilízate, Pepita; nuestro exceso no ha pasado de una ensaladilla de escabeche y un suspiro entre la arboleda..., y todo esto se subsanará en breve, porque la voy a hacer mía ante Dios y ante los hombres.

MARTIRIO.—*(Ruborosa.)* No: ante los hombres, no.

DAVID.—Bueno; pues ante las mujeres... ¡Qué delicada es en todo!

PEPITA.—Pero quién iba a pensarse que esta tonta... Si no puedo creerlo... Pero ¿es verdad que os queréis?

MARTIRIO.—¡Ay, que si es verdad!... Y nos regañaron el otro día en el «Metro» por no ocupar más que un asiento los dos... ¿Te acuerdas?

PEPITA.—Bueno; esto no es una hermana; esto es una nevera...: pero, en fin, más vale así.

DAVID.—*(A Martirio.)* Gracias por tu chaleco, nena...

MARTIRIO.—No hay de qué, Davidito... ¿Cómo te está, cielo?

DAVID.—Un poco larguito, gloria... Mira. *(Se desabrocha el gabán.)*

PEPITA.—¿Un poco larguito?... Como que si le ponen las mangas abajo es un pelele.

MARTIRIO.—Es para que no se me enfríe.

DAVID.—¿Yo enfriarme a tu lado?... ¡Calla, infiernillo mío! *(Suena el timbre de la puerta.)* ¡Porra!

MARTIRIO.—¿Quién será?

PEPITA.—*(Llamando para que abra.)* ¡Manuela!...

MANUELA.—*(Saliendo por la segunda izquierda.)* ¿Han llamao?

DAVID.—A ver si es Juanito.

MARTIRIO Y PEPITA.—*(Al mismo tiempo, con sorpresa y emoción.)* ¿Eh?...

DAVID.—Y, si lo es, pásalo al gabinete, que espere un instante, y avisa. *(Vase Manuela por la derecha.)*

PEPITA.—¡Pero qué ha de ser él!

DAVID.—Puede serlo. Ya te dije que en mi carta de hoy apelaba a un recurso extremo para que viniese.

MARTIRIO.—¡Ay, ojalá lo fuera!

MANUELA.—*(Entra muy alborozada, pero hablando en voz baja.)* ¡Juanito! ¡Juanito!

PEPITA.—*(Con emoción.)* ¡El!

MANUELA.—Sí, él; muy tembloroso, muy amarillo...; no acertaba a hablar.

MARTIRIO.—Ya está aquí Juanito.

PEPITA.—¡Ay, no sé qué me pasa!

MANUELA.—Dice que viene como médico. ¡Naa más!

PEPITA.—¿Eh?

DAVID.—¡Chis, callarse!... Una manta, venga una manta... *(Manuela trae la manta.)*

PEPITA.—Una manta, ¿para qué?

DAVID.—*(A Pepita.)* Tiéndete ahí. *(En el sofá.)*

PEPITA.—¡Pero...!

DAVID.—Pronto, túmbate ahí. *(Se tumba y la envuelve en la manta.)*

MARTIRIO.—Pero ¿qué estás haciendo?

DAVID.—Pues nada; que le he escrito diciéndole que está gravemente enferma, que requeríamos su asistencia como médico exclusivamente y que esperábamos de su conciencia profesional no ser desatendidos.

PEPITA.—Pero ¿qué digo que tengo?

DAVID.—¡Qué sé yo!... Tú estate quieta; quéjate quejumbrosamente... Da suspiros largos..., alguna convulsión que otra; y con la palidez de la emoción, te sobra para que te crea víctima de una endocarditis, pericarditis o miocarditis. *(A Manuela.)* Que pase. *(Vase Manuela.)* Silencio todos. Sentarse. Las caras muy tristes y a ver qué dice. *(Se sientan todos, muy serios, alrededor de Pepita, que se queja y se estremece espasmódicamente de cuando en cuando.)*

ESCENA VIII

DICHOS y JUANITO, por la derecha.

JUANITO.—*(Pálido, emocionado, muy serio.)* Muy buenas.

DAVID.—*(Que como todos los demás hablará en tono quejumbroso.)* Muy buenas.

PEPITA.—¡Ay!...

DAVID.—Pase usted, doctor.

PEPITA.—¡Ay!...

JUANITO.—*(Pasa. Reverencia.)* Muy buenas.

TODOS.—Muy buenas.

DAVID.—Muy buenas, menos la enferma. Siéntese, doctor...

JUANITO.—*(La mira alarmado. Se sienta con escama.)* He sido requerido como médico para la asistencia de una señorita en esta casa, y como mi deber profesional me obliga, no he tenido más remedio, y estoy a las órdenes de ustedes.

MARTIRIO.—Gracias, doctor. ¡Ya ve usted qué convulsiones!...

JUANITO.—Usted dirá lo que le pasa y cómo empezó la enfermedad.

MANUELA.—Pues naa; el sábado estaba tan buena en el balcón, y de pronto dice que sintió que la subió una cosa fría.

DAVID.—Hay que advertir que había mandado a la chica de la portera por limón helado.

JUANITO.—Se conoce que se enfrió.

PEPITA.—¡No, si no me lo tomé! ¡No fué el limón, no!

JUANITO.—¿Entonces?

MARTIRIO.—¿Por qué no le cuentas tú misma lo que te ocurre?

PEPITA.—¡Ay, no sé si podré!... ¡Ay, qué mal me encuentro!...

DAVID.—Ten un poco de ánimo.

JUANITO.—Haga un pequeño esfuerzo y explíquemelo todo.

PEPITA.—Pues verá usted...: me pasa algo muy raro... Debe de ser nervioso... Yo estaba tan buena y tan contenta, y un día, de pronto, sentí así una cosa interior, como si un animal así muy raro me estuviera molestando.

JUANITO.—*(Extrañado.)* ¡Un animal!... ¿Muy raro?

PEPITA.—Sí, señor.

JUANITO.—¿La molestaba a usted de día o de noche?

PEPITA.—A todas horas.

JUANITO.—Sí que es raro.

MARTIRIO.—Nosotros la preguntamos qué clase de animal era.

DAVID.—Y ella nos dijo que era un animal bastante estúpido.

PEPITA.—Claro, porque ya ve usted, molestarme

sin motivo. Entonces me empezaron las convulsiones, la inapetencia... Llamamos al médico de la Casa de Socorro, se lo conté todo..., y el médico empeñao en que es debilidad.

MANUELA.—*(Muy afligida.)* Y ella, por más que come, como si naa.

JUANITO.—Por lo que he oído a la enferma, se trata, a mi juicio, de un caso de histerismo, de forma hidiopática, y todas las molestias que sufre están producidas por los nervios periféricos y, sobre todo, por el gran simpático.

PEPITA.—¡Simpático, con lo que me molesta!

JUANITO.—Por eso precisamente es simpático. De forma que como las circunstancias histiologicas que se han determinado son de carácter psiquico, antes que se produzcan las hiperestesias y las parestesias, hay que salirle al paso a la acción metasincritica, para lo cual hagan el favor de traerme un poco de alcohol, que la voy a poner una inyección intravenosa, con aguja de diez centímetros, en la región que prefiera. Es dolorosa, pero hay que aguantarse.

PEPITA.—*(Apurada, y aparte, a Martirio.)* Oye, sujetarlo, que eso que ha sacao es un estoque.

JUANITO.—*(Se ha levantado, y de una cajita saca una ampolla y una aguja enorme.)* El alcohol, hagan el favor..., y usted *(A Pepita.)* descúbrase la región que le parezca.

PEPITA.—Pero oiga usted: es que yo creo que aunque esto sea una cosa periférica, de carácter antipático, no digo yo teniendo «parestesias» ni «perestesias», aunque tuviese «catalepsias», no es para sacar una puntilla y descabellarme...

JUANITO.—Entonces, ¿a usted qué fenómeno le molesta más?

PEPITA.—Pues a mí el fenómeno que me molesta más es usted, que es de lo más periférico y de lo más hidiopático y de lo más antipático que he conocido...

JUANITO.—Ruego a usted que se limite a decir lo que sienta.

PEPITA.—Pues lo que siento es que seas un necio y un estúpido.

DAVID.—Y eso debe de ser epidémico, porque lo sentimos todos.

PEPITA.—¡Sí, señor; todos!

JUANITO.—Suplico a la paciente...

PEPITA.—A la impaciente, querrás decir, porque no hay paciencia que te aguante. *(Se levanta y tira de la manta.)*

JUANITO.—*(Indignado.)* O se pone mala o me voy.

DAVID.—¡Pepita, que has hecho una mejoría demasiado rápida!

JUANITO.—O se acuesta o no la asisto.

PEPITA.—¡Vete a paseo! Y parece mentira que hayamos tenido que apelar a estos recursos ridículos... para convencerte de que el único cariño noble y leal que has tenido en este mundo no ha dejado aún de ser tuyo!

JUANITO.—Nada de protestas de afecto... Síntomas, síntomas... A ver la lengua...

PEPITA.—*(Sacándole la lengua con burla.)* ¡Aaaah! ¡Majadero!... Pero ¿es que no me quieres?

JUANITO.—Yo..., no sé... si...

PEPITA.—Dime la verdad de una vez.

JUANITO.—Pero ¿crees que si no te hubiese querido no te habría puesto ya tres inyecciones en cualquier sitio doloroso por esta burla que me habéis hecho?

PEPITA.—¿Y por qué no venías, Juanito?

JUANITO.—Si estaba deseando venir; pero este señor no daba con un motivo oportuno.

DAVID.—¡Atiza! Ahora lo voy a pagar yo.

JUANITO.—Y cuando me dijeron que estabas muy mal, dije: «¡Ay, qué bien.»

PEPITA.—¡Oye, tú!

JUANITO.—Porque me figuraba que era broma, mujer. Y dije: «¡Allá voy!» Y aquí me tienes para siempre.

MARTIRIO.—*(Ruborosa.)* Y yo tengo el gusto de participarle mi próximo enlace con...

JUANITO.—*(A Don David.)* Pero ¿es de veras eso?

DAVID.—Cosas veredes, el Cid, que farán fablar las piedras.

JUANITO.—Esto no es sólo para que hablen las piedras; ¡es para que canten sevillanas!

MANUELA.—Pues todo esto lo ha conseguío una cosa: el cariño de Pepita a su hermana. Por él se han hecho todos estos milagros.

PEPITA.—*(A Martirio.)* Decía Manuela que tú eras mi cruz..., y se ha salido con la suya... Todas las cruces llevan a una gloria. ¿Verdad, Juanito? *(Se abrazan.)*

DAVID.—*(A Martirio.)* Y tampoco dejaba de tener razón mi asistente cuando me decía ayer, parangoneándome con el rey David, mi patrono: «Usted era el gachó del arpa; pero le han echao la zarpa.» *(Telón.)*

FIN DE
«LA CRUZ DE PEPITA»